

El «giro lingüístico» en periodismo

y su incidencia en la comunicación periodística

Albert Chillón

Profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Autònoma de Barcelona.

A la memoria de José María Valverde

«Si no hubiera lenguaje, no podría conocerse lo bueno ni lo malo, lo verdadero ni lo falso, lo agradable ni lo desagradable. El lenguaje es el que nos hace entender todo eso. Meditad sobre el lenguaje.»

UPANISHADS

Es necesario que los estudiosos de la comunicación mediática en general y de la comunicación periodística en concreto incorporen a sus reflexiones teóricas y a sus investigaciones aplicadas los decisivos corolarios derivados del llamado *giro lingüístico*, verdadera revolución copernicana de la filosofía, la hermenéutica y la epistemología contemporáneas, herederas de la *conciencia lingüística* inauguradas por Humboldt y Nietzsche.

Desde sus inicios, los estudios sobre periodismo han padecido un notorio retraso con respecto a otras áreas de la investigación comunicativa, en general muy atentas a las contribuciones diversas y enjundiosas procedentes de disciplinas consolidadas como la sociología, la historiografía, la politología, la semiología y, en menor grado, hasta la antropología y la filosofía. Mientras que la incorporación de los enfoques propios de tales disciplinas ha permitido a otras áreas de la investigación en comunicación avanzar con paso brioso, el campo concreto de los estudios periodísticos exhibe desde hace décadas un andar renqueante y reumático, atribuible en buena medida al pertinaz descuido de las aportaciones más significativas provenientes de disciplinas sociales y humanísticas tales como la lingüística en sus diferentes ramas, la citada semiología, la filosofía del lenguaje, la llamada nueva retórica y, en general, el ancho y fecundo campo de los estudios literarios, amén de las ciencias sociales antes aludidas.

Al menos en Cataluña y en España, el lugar concreto que los estudios periodísticos ocupan dentro del ancho campo de la comunicación se ha ido definiendo de modo titubeante y problemático, tanto en lo que

informe: narración periodística
informe: narración perio

hace a la definición de su objeto de estudio propio como, muy principalmente, en lo relativo a su misma constitución teórica y metodológica como disciplina de vocación científica. ¿A qué se debe tal precariedad?

En primer y destacado lugar, a mi entender, a una impropia escisión del campo estudiado –y de los enfoques teóricos y metodológicos invocados– entre, por un lado, *saberes aplicados* y, por otro, *saberes teóricos*. Una escisión basada, nótese bien, no en razones de pertinencia y rigor –que son, al cabo, las que a una disciplina científica le corresponde invocar–, sino en la extendida *creencia* de que existe una distinción tajante entre los *saberes aplicados* apropiados para pensar y enseñar la «práctica periodística» y los *saberes teóricos* de procedencia multidisciplinaria que cultivan las mal llamadas «ciencias de la comunicación».¹

Tal desatinada escisión inicial ha sido el embrión a partir del que ha nacido y medrado el actual desconcierto académico. Concebidos

como un conjunto de *saberes aplicados* –esto es, de vocación normativa, práctica e instrumental– los estudios periodísticos han ido siendo absorbidos por la llamada redacción periodística, una disciplina pseudocientífica bifronte –su otro rostro, nacido hace pocos años, es la denominada periodística–² que ha ido *jibarizando* el campo diverso y complejo del periodismo realmente existente hasta dejarlo reducido a mero repertorio acríptico de habilidades *prácticas* encaminadas a la producción seriada de textos periodísticos.

En términos generales, parece sensato afirmar que la etiología de los males que aquejan tanto a redacción periodística como a la periodística hay que buscarla en un abanico de creencias pseudocientíficas sobre la naturaleza del periodismo y de su correspondiente enseñanza. Profesadas a pies juntillas por muchos cultores de la disciplina, tales creencias fueron acuñadas hace ya décadas por sus padres fundadores, y más tarde repetidas hasta el cansan-

* Publicado originalmente en *Anàlisi 22*, Facultat de Ciències de la la Comunicació, Universitat Autònoma de Barcelona, 1998.

1. Repárese bien en que el mismo nombre del Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació de la U.A.B. consagra tal tópicamente estéril. Hoy sabemos que las palabras nunca son inocentes, y menos aun aquellas que el rito y el uso convierten en rutinarias. La esterilidad de la escisión entre «saberes prácticos» y «saberes teóricos» a la hora de estudiar la comunicación periodística –considerada como parte de la comunicación mediática en general– fue uno de los puntos básicos de acuerdo surgidos en las «Primeres jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de Periodisme», organizadas entre el 9 y el 20 de marzo de 1998 por el Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació de la U.A.B.

Digo «mal llamadas ciencias de la comunicación» porque no se trata, de hecho, de «ciencias», sino en todo caso de *disciplinas científicas* – historia *de* la comunicación, sociología *de* la comunicación, antropología *de* la comunicación, etcétera– derivadas de ciencias cabalmente consideradas: la historiografía, la sociología, la antropología *et altri*.

2. Cabe añadir que, aunque nacida hace poco, la periodística se ha ido configurando como una versión maquillada y travestida de la vieja redacción periodística, caracterizada en realidad por similares enfoques, carencias y creencias, pero adornada con una terminología en general altisonante y huera, falaz simulacro de cientificidad. Con su ánimo expansivo, que en pocos años ha pretendido incorporar a su jurisdicción enfoques y métodos propios de otras disciplinas sin reconocer las deudas que ha contraído con ellas, la periodística ha vendido el saco de trigo antes de haberlo cosechado, y ha conseguido apretar mucho menos de lo que pretendía abarcar.

3. Véase, al respecto, la obra de Jordi Berrio y Enric Saperas *Els intel·lectuals, avui*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1993, *passim*. A modo de ejemplo, la concepción que un autor como Llorenç Gomis tiene del periodismo como *interpretación sucesiva del presente* es plenamente congruente con esta vindicación del periodista como profesional intelectual. Como es notorio, tal vindicación ha encontrado su mejor adalid en el profesor Héctor Borrat, quien ha expuesto su posición en diferentes artículos; así, por ejemplo, en «Comunicación periodística especializada: narración y análisis de la historia inmediata social, política, económica o cultural desde las ciencias sociales», ponencia presentada a las «Primeres Jornades sobre docència...», ya aludidas.

4. Nótese bien que no decimos que el periodista ideal *debería* integrar ambas facetas, sino que todo periodista, siempre y necesariamente, ejerce una tarea que aúna idea y ejecución, reflexión y práctica, cultura y técnica. Esto es como decir que todo periodista –y todo medio de comunicación–, al interpretar la realidad y representarla mediante enunciados narrativos y argumentativos de diversa índole, recurre forzosamente a una cierta *teoría* y una cierta *cultura profesional*, amén de una *visión del mundo* hecha de ideas más o menos formadas y, sobre todo, de creencias de mero sentido común –que es, a no dudarlo, el más común de los sentidos. Pensar, por ejemplo, que «la realidad» es algo externo y dado, y que el periodista se limita a «reproducirla» mediante el auxilio de habilidades prácticas y técnicas que hacen innecesaria y hasta enojosa su formación crítica y cultural es, mal que nos pese, una difundida creencia profesional que revela premisas teóricas latentes, a menudo desconocidas por el creyente – y por eso mismo profesadas a pies juntillas.

5. El apelativo comunicación periodística surgió

por varias levas de sucesores confiados.

Tales creencias han alimentado, por ejemplo, la hegemonía apenas contestada de los enfoques prescriptivos y preceptivos, empeñados en dictar normativamente cómo debe ser el periodismo, en vez de analizar y describir por vía inductiva su compleja diversidad; o la enseñanza universitaria de la comunicación periodística entendida por algunos como mera formación profesional de tercer grado, reducida a instrucción acrítica e irreflexiva acerca de un cuerpo de técnicas y prácticas profesionales obedientemente emuladas; o el estupefaciente recelo con que muchos docentes de la redacción periodística todavía contemplan «la teoría», vista a menudo como una suerte de logomaquia abstracta, abstrusa y yerma, inútil a la hora de formar periodistas «profesionales»: o, en fin, la consiguiente anemia crítica y conceptual que – con algunas honrosas y meritorias excepciones– aqueja a buena parte de las investigaciones realizadas en este campo.

A FAVOR DE LA COMUNICACIÓN PERIODÍSTICA

En realidad, el conjunto de saberes, habilidades y actividades que integran el campo diverso y complejo del periodismo realmente existente se caracteriza por su tenor reflexivo, cultural y hasta intelectual: el comunicador, el periodista son –deberían ser, cuando menos– *profesionales intelectuales* que ejercen su cualificada tarea en la denominada *industria de la cultura*.³ Sostenida por toda una tradición de autores de gran fuste crítico –como Max Weber, Antonio Gramsci, José Ortega y Gasset, Joan Fuster o Manuel Vázquez Montalbán, por citar sólo algunos nombres relevantes–, la concepción del periodista como trabajador intelectual de la industria cultural debe movernos a replantear desde la raíz la falaz pero extendida escisión entre teoría y práctica.

En vez de definir el periodismo como un

«oficio» eminentemente «práctico», caracterizado por el «dominio» de un repertorio de habilidades técnicas aptas para capturar «la realidad» o «lo que pasa en la sociedad» –y luego «reflejarlo objetivamente» en ese nítido «espejo» que supuestamente son los medios de comunicación–, cabe concebirlo como una *profesión intelectual* cuya esencia interpretativa hace inevitable la *integración dialéctica de la cultura y la capacidad de discernimiento crítico*, por un lado, y de las *habilidades expresivas y técnicas*, por otro.⁴

Aceptada esta premisa, procede vindicar la constitución de una disciplina científica dedicada a estudiar el campo diverso y complejo del periodismo realmente existente, a la que parece pertinente denominar comunicación periodística.⁵ A modo de esbozo de partida, tal disciplina deberá erigirse sobre las siguientes bases.

I. La enseñanza y la investigación universitarias de la comunicación periodística realmente existente aconsejan vivamente que la disciplina que denominamos comunicación periodística supere las carencias y las creencias obsoletas sobre las que se asientan tanto la redacción periodística como la periodística. Ello supone el abandono de los envejecidos enfoques prescriptivos y preceptivos, en favor de una actitud nueva de carácter analítico y descriptivo, semejante a la que desde hace décadas prevalece en otros campos de conocimiento. En tanto que disciplina académica, la comunicación periodística debe buscar un conocimiento a la vez crítico, cultural y aplicado. Lejos de limitarse a emular los tópicos al uso sobre la naturaleza del periodismo, la comunicación periodística debería, en tanto que enseñanza de rango y responsabilidad universitarios, (a) describir y analizar lo que *es*, (b) proponer lo que *podría ser* y (c) –en último pero no menos importante lugar– postular lo que *debería ser*.

II. A diferencia de la redacción periodística y de la periodística, el objeto de estudio y

docencia de la disciplina que propugnamos debe ser el periodismo –esto es, la comunicación periodística en cualesquiera medios, soportes, géneros o estilos– considerado como una mediación cultural de elevada complejidad conceptual, expresiva y técnica. Una mediación cultural esencial entre las que componen las industrias culturales de nuestro tiempo, caracterizada por (a) su naturaleza a un tiempo intelectual y técnica, (b) el tenor colectivo de su producción y de su recepción, (c) su diversidad discursiva, expresiva y estilística, (d) su condición no de mera práctica, sino de *praxis* que inevitablemente conjuga en un todo inextricable la comprensión y la interpretación con las habilidades expresivas y técnicas⁶ y (e) su ineludible responsabilidad social. Lo que se propone es, en síntesis, considerar el periodismo como *cultura* y no como mero *know-how* instrumental, reducible a un repertorio de fórmulas, técnicas y recetas «de oficio».

III. Con el fin de abordar tan complejo y diverso objeto de investigación y docencia, la comunicación periodística está llamada a invocar saberes críticos y culturales procedentes de disciplinas consolidadas: por un lado, de las llamadas ciencias sociales, tales como la sociología, la historiografía, la antropología o la politología; y por otro, del campo extenso y fecundo de las antiguas pero de ningún modo viejas humanidades, entre las cuales destacan, por su capacidad de iluminar nuestro campo, la lingüística, la retórica y los estudios literarios en sus diferentes ramas,

la semiología y la filosofía del lenguaje.

Si bien se mira, la comunicación periodística puede establecer relevantes puentes de unión entre aquellos saberes «sociales» y estos saberes «humanísticos». Así, por ejemplo, las aportaciones procedentes del ‘paradigma sociocomunicativo’ son con frecuencia conjugables con otras provenientes de la lingüística textual, la pragmática, la filosofía del lenguaje o la retórica. Al armonizar enfoques y disciplinas en apariencia tan disímiles, la comunicación periodística puede jugar cartas genuinamente innovadoras, y hasta desarrollar perspectivas y métodos propios enriquecedores para otros campos de reflexión e investigación. No se trata, por tanto, de que la disciplina importe saberes con servil papanatismo, sino de que los incorpore y adapte críticamente a sus propósitos singulares.

IV. En tanto que disciplina de vocación científica, la comunicación periodística debe erigirse teórica y metodológicamente sobre cimientos firmes. Así, junto a la invocación crítica de saberes procedentes tanto de otras disciplinas comunicológicas cuanto de disciplinas sociales y humanísticas ya aludidas, me parece imprescindible que tal cimentación se nutra muy principalmente de los decisivos corolarios derivados del llamado ‘giro lingüístico’, uno de los hechos cardinales en la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades del siglo XX.

En las próximas páginas me propongo, primero, exponer en qué consiste y en qué términos se ha dado en el campo filosófico la

hace un lustro, cuando los integrantes de la por entonces denominada Unidad de redacción periodística del Departament de Periodisme i CC. C. de la U.A.B. acordaron acuñar una nueva denominación para la unidad. Tal cambio no obedeció, como pudiera pensarse, a un mero prurito terminológico, sino a la convicción de que era y es preciso redefinir el campo entero y diverso de los estudios periodísticos –como parte integrante de los estudios sobre comunicación–, e invocar para su estudio enfoques teóricos y metodológicos multidisciplinares.

6. Sobre la distinción entre práctica y *praxis*, véase José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía de bolsillo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 633 y 634. Acerca de la inevitable y deseable vinculación entre teoría y práctica en la *praxis*, me remito a la obra clásica de Antonio Gramsci *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona, Península, 1976, *passim*.



abe concebir al periodismo como una profesión intelectual cuya esencia interpretativa hace inevitable la integración dialéctica de la cultura y la capacidad de discernimiento crítico, y de las habilidades expresivas y técnicas.



l lenguaje no es meramente el vehículo o la herramienta con que damos cuenta de las ideas previamente formadas en nuestro magín: éstas se forman sólo en la medida en que son verbalizadas.

denominada 'toma de consciencia lingüística' o 'giro lingüístico', y después, revisar críticamente de qué modos diversos su plena asunción enriquecería decisivamente la docencia e investigación sobre comunicación periodística, en concreto, y sobre el ancho campo de la comunicación mediática, en general.

I. LA TOMA DE CONSCIENCIA LINGÜÍSTICA

Desde hace casi doscientos años, la llamada 'toma de consciencia lingüística' o 'giro lingüístico' ha discurrido como una suerte de *tradición relegada*, eclipsada por la *gran tradición* formalista-estructuralista que principia con Ferdinand de Saussure y los formalistas rusos y checos, y desemboca en buena parte de los lingüistas de nuestros días. Se trata, como se verá, de un tema complejo y decisivo –de hecho, para muchos, el tema más importante de la filosofía–,⁷ que no es posible abordar en su integridad aquí; sí que podemos, no obstante, exponer los términos básicos de la discusión, imprescindible para nuestros propósitos.

Si la tradición dominante concibe el *lenguaje* como un instrumento –ciertamente complejo, pero herramienta y vehículo al cabo– que permite expresar el *pensamiento* previa y autónomamente formado en la mente, la tradición relegada considera que *pensamiento y lenguaje, conocimiento y expresión* son esencialmente una y la misma cosa. Tal intuición fundamental la formuló por vez primera el filósofo Wilhem Von Humboldt en

1805, en sus cartas a Wolf. En su obra *Lenguaje y realidad*, Wilbur Marshall Urban alude así al descubrimiento de Humboldt:

«Como para Locke, también para Humboldt el lenguaje y el conocimiento son inseparables. Pero lo importante para él está en que el lenguaje no sólo es el medio por el cual la verdad (algo conocido ya sin el instrumento del lenguaje) se expresa más o menos adecuadamente, sino más bien el medio por el cual se descubre lo aún no conocido. Conocimiento y expresión son una y la misma cosa. Esta es la fuente y el supuesto de todas las investigaciones de Humboldt sobre el lenguaje».⁸

Así pues, el lenguaje no es meramente el vehículo o la herramienta con que damos cuenta de las ideas previamente formadas en nuestro magín: éstas se forman sólo en la medida en que son verbalizadas. A la sombra de las revolucionarias ideas de Humboldt sobre la identidad entre lenguaje y pensamiento, la *otra tradición lingüística* a que aludíamos líneas antes –proseguida sobre todo por Nietzsche, pero también, en el siglo XX, por autores como Ernst Cassirer, Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, Edward Sapir, Benjamin Lee-Whorf, Mijail Bajtin, Hans-Georg Gadamer, George Steiner o José María Valverde, entre otros– ha *caído en la cuenta* de algo esencial: que no hay pensamiento sin lenguaje, sino pensamiento *en* el lenguaje; y que, a fin de cuentas, la *experiencia es siempre pensada y sentida lingüísticamente*. De acuerdo con Valverde,

7. Así, de acuerdo con el argumento con que Wilbur Marshall Urban abre su magna obra *Lenguaje y realidad* (México, FCE, 1952, p. 13): «El lenguaje es el último y más profundo problema del pensamiento filosófico. Esto es verdad, sea que nos acerquemos a la realidad a través de la vida, o a través del intelecto y la ciencia».

8. W.M. Urban, *op. cit.*, p. 20. Sobre el pensamiento de Humboldt y su alargada sombra en el pensamiento posterior, son básicos también, entre otros, Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas. I. El lenguaje*, México, FCE, 1971; y Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1993. Dos autores de expresión castellana han hecho contribuciones significativas a esta general «toma de consciencia lingüística»: Octavio Paz, sobre todo en su ensayo *El arco y la lira*, Madrid, FCE, 1992; y el maestro José María Valverde, a lo largo de su valiosa obra completa. Por su parte, George Steiner ha hecho incursiones sugerentes en el tema que nos ocupa, entre ellas *Extraterritorial* (Barcelona, Barral, 1973), *Después de Babel* (Madrid, FCE, 1990), *Lenguaje y silencio* (Barcelona, Gedisa, 1982) y *Presencias reales* (Barcelona, Destino, 1991). Sobre la relación entre la consciencia lingüística y el esclarecimiento de las relaciones entre periodismo y literatura, véase Albert Chillón, *Literatura i periodisme*, València, Universitat Valenciana, 1993.

se trata de «[...] algo elemental y perogrullesco para todos una vez que se cae en ello, pero que la cultura no ha empezado a reconocer conscientemente hasta el siglo XIX, en un proceso que todavía está extendiéndose entre pensadores y escritores. Se trata, simplemente, de que toda nuestra actividad mental es lenguaje, es decir, ha de estar en palabras o en busca de palabras. Dicho de otro modo: el lenguaje es la realidad y la realización de nuestra vida mental, a la cual estructura según sus formas –sus sustantivos, adjetivos, verbos, etc.; su sintaxis, tan diversa en cada lengua; sus melodías de fraseo...–. La realidad, entonces, no es que –como se suele suponer entre muchas personas cultas– haya primero un mundo de conceptos fijos, claros, universales, unívocos, y luego tomemos algunos de ellos para comunicarlos encajándolos en sus correspondientes nombres; por el contrario, obtenemos nuestros conceptos a partir del uso del lenguaje. Ciertamente, casi nadie suele ocuparse de ello, porque solemos dar el lenguaje por supuesto, como si fuera natural, lo mismo que el respirar [...].»⁹

Conocemos el mundo, siempre de modo tentativo, *a medida que* lo designamos con palabras y lo construimos sintácticamente en enunciados, es decir, a medida que y en la medida en que lo *empalabramos*.¹⁰ Más allá de la percepción sensorial inmediata del entorno o del juego interior con las sensaciones registradas en la memoria, el mundo adquiere *sentido* sólo *en la medida en que* lo traducimos lingüísticamente; de otro modo, sólo sería para nosotros una barahúnda incoherente de sensaciones –táctiles, olfativas, visuales, acústicas, gustativas– suscitadas por el entorno más inmediato aquí y ahora.

El lenguaje es, como en la célebre parábola con que Kant da inicio a su *Crítica de la razón pura*, el aire que el pájaro del pensamiento precisa para elevarse por encima de la mera percepción sensorial de lo inmediato;

el pájaro topa con la resistencia del aire, pero es ésta, justamente, la que le permite volar. Pensar, comprender, comunicar quiere decir inevitablemente abstraer y categorizar *lingüísticamente: transubstanciar en palabras y enunciados* las percepciones provenientes de la realidad externa y las sensaciones y emociones procedentes de la realidad interna, y en seguida articular esos sonidos significantes en enunciados más complejos.

La intuición fundante de Humboldt fue perfilada y ahondada décadas más tarde por Friedrich Nietzsche, quien añadió a la anterior una nueva intuición fundamental: que, además de inseparable del pensamiento, el lenguaje posee una naturaleza esencialmente retórica; que todas y cada una de las palabras, en vez de coincidir con las «cosas» que pretenden designar, son *tropos*, es decir, alusiones figuradas, saltos de sentido que *traducen* en enunciados inteligibles las experiencias sensibles de los sujetos. En los apuntes para el «Curso de Retórica» que impartió en 1872-73, Nietzsche escribió:

«[L]o que se llama «retórico» como medio de arte consciente, estaba activo como medio de arte inconsciente en el lenguaje y su devenir, más aun, que la *retórica es una continuación de los medios artísticos situados en el lenguaje*, a la clara luz del entendimiento. *No hay ninguna naturalidad no-retórica en el lenguaje, a que se pudiera apelar: el propio lenguaje es el resultado de artes puramente retóricas*. La potencia que Aristóteles llama retórica, de encontrar y hacer valer en cada cosa lo que influye y causa impresión, es a la vez la esencia del lenguaje: éste se refiere tan escasamente a la verdad como la retórica; no quiere enseñar, sino transmitir una excitación y percepción subjetivas a otros. El hombre, al formar el lenguaje, no capta cosas o procesos, sino *excitaciones*: no transmite percepciones, sino copias de percepciones. [...] No son las cosas las que entran en la conciencia, sino la

9. José María Valverde, *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 28. Valverde ha sido, sin duda, el pensador que más ha hecho por extender esta consciencia lingüística en nuestra cultura. Sus inquietudes al respecto comenzaron ya con sus tesis doctoral *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1955.

10. Otro romántico, el poeta alemán Heinrich Von Kleist, reflexionó ya acerca de ello en «Sobre la gradual puesta a punto de los pensamientos en el habla» (publicado en *Quimera*, Nº 30, Barcelona, Montesinos, 1982, trad. de José María Valverde). «Empalabrar» y «empalabramiento» son neologismos acuñados por Lluís Duch en sus relevantes reflexiones acerca de la naturaleza logomítica del lenguaje. Véanse, al respecto, *Mite i cultura*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1995; *Mite i interpretació*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1996; y *La educación y la crisis de la modernidad*, Barcelona, Paidós, 1997.

manera como nos relacionamos con ellas, el *phitánón*. La plena esencia de las cosas no se capta nunca. [...] Como medio artístico más importante de la Retórica valen los tropos, las indicaciones impropias. *Todas las palabras, sin embargo, son tropos, en sí y desde el comienzo, en referencia a su significado*.¹¹

Llegado a este punto, a Nietzsche le fue posible abordar radicalmente el modo en que el lenguaje *da cuenta* de la llamada «realidad». Eso que alegremente llamamos *realidad objetiva* no es sino un lugar común, un acuerdo intersubjetivo resultante del pacto entre las realidades subjetivas particulares. Instalados en el plácido y ufano sentido común, *convenimos* en creer y afirmar que existe una Realidad objetiva; y en seguida, sentada esa premisa de opinión (*dóxa*), nos apresuramos a convenir también que es posible conocerla inequívocamente, establecer *la Verdad*. Tal silogismo verosímil tiene en nosotros un efecto indudablemente consolador: separa objeto de sujeto, y afirma que éste es capaz de establecer la Verdad –con mayúsculas– sobre aquél. Tal es la creencia común: que *ahí afuera* existe una Realidad dada, objetiva, externa e inamovible, y *aquí adentro* unos sujetos capaces de reproducirla mediante el pensamiento y de comunicarla mediante el lenguaje.

Pero Nietzsche, agudamente consciente de la identidad entre pensamiento y lenguaje, y de la naturaleza retórica de éste, puso en entredicho la creencia vigente de «verdad». No, desde luego, negando la existencia de la realidad, sino afirmando que el conocimiento que de ella es factible tener es siempre imperfecto, tentativo, borroso: se lleva a cabo partiendo de sensaciones que «hacen sentido» sólo en la medida en que son *transubstanciadas lingüísticamente*. De manera que nuestro conocimiento de esas realidades externas y de nuestras realidades internas es siempre un *tropismo*, un salto de sentido, una genuina e inevitable *traducción*. En *Sobre verdad y men-*

tira en sentido extramoral, Nietzsche aplicó su bisturí a la disección de la idea vigente –vigente también hoy, queremos decir– de Verdad:

«Ahora se fija lo que en lo sucesivo ha de ser «verdad», esto es, se inventa una designación de las cosas uniformemente válida y vinculante, y la legislación del lenguaje da también las primeras leyes de la verdad; pues aquí surge por primera vez el contraste entre verdad y mentira [...]. ¿Qué es, pues, la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos; en resumen, una suma de relaciones humanas, poética y retóricamente elevadas, transpuestas y adornadas, y que, tras largo uso, a un pueblo se le antojan firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han desgastado y han quedado sin fuerza sensorial; monedas que han perdido su imagen y ahora se toman en cuenta como metal, ya no como monedas. Seguimos siempre sin saber de dónde procede la tendencia a la verdad, pues hasta ahora sólo hemos oído hablar de la obligación que plantea la sociedad para existir: ser veraces, esto es, emplear las metáforas usuales; o sea, expresado moralmente, la obligación de mentir según una firme convención, de mentir en rebaño, en un estilo vinculante para todos.¹²

De manera que afirmar la existencia de una Realidad objetiva sobre la cual es posible establecer una Verdad inequívoca no deja de ser, si bien se mira, una consoladora creencia de sentido común, tercamente sostenida por doctos y legos. Tal *creencia* participa de la esfera de la opinión común (*dóxa*), no del conocimiento filosófico y científico (*epistémē*), inevitablemente relativo y relativizador, cauto, sometido a enmienda constante –excepto cuando se mira religiosamente a sí mismo.¹³ Y, en tanto que creencia, se apoya, parafraseando a Aristóteles en la *Retórica*, en lo verosímil (*eikós*), esto es, en la opinión más generalizada o

11. Nietzsche en Valverde, *op. cit.*, p. 30 y 31. Existe una traducción al castellano de este curso de retórica, incluida en F. Nietzsche, *Libro del filósofo*, Madrid, Taurus, 1974. Utilizo la traducción del propio Valverde porque es, a mi juicio, muy superior a la de la antología citada. Acerca de la compleja y revolucionaria concepción de Nietzsche sobre el lenguaje, puede leerse el excelente ensayo de Enrique Lynch *Dioniso dormido sobre un tigre*, Barcelona, Destino, 1993.

12. Nietzsche en Valverde, *op. cit.*, pp. 33, 34 y 35.

13. Entiendo aquí *creencia*, distinguiéndola de *idea*, en el sentido en que lo hace Ortega y Gasset en *Ideas y creencias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, pp. 18 y 19.:

«Estas «ideas» básicas que llamo «creencias» –ya se verá por qué– no surgen en tal día y hora *dentro* de nuestra vida, no arribamos a ellas por un acto particular de pensar, no son, en suma, pensamientos que tenemos, no son ocurrencias ni siquiera de aquella especie más elevada por su perfección lógica y que denominamos razonamientos. Todo lo contrario: esas ideas que son, de verdad, «creencias» constituyen el continente de nuestra vida y, por ello, no tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta. Cabe decir que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. Más aún: precisamente porque son creencias radicalísimas, se confunden para nosotros con la realidad misma –son nuestro mundo y nuestro ser–, pierden, por lo tanto, el carácter de ideas, de pensamientos nuestros que podían muy bien no habérsenos ocurrido».

habitual, compartida por la mayoría.¹⁴

Así pues, si no existe una Realidad objetiva cognoscible verdaderamente, ¿debemos por ello caer en un desesperado nihilismo? En absoluto: no existe *una* realidad –ni *una* verdad–, pero sí múltiples realidades particulares, múltiples *experiencias*, de cuya puesta en común surge ese género de acuerdos que denominamos «verdades». Y cada *experiencia particular* está hecha en gran parte de palabras –ésta es la gran lección de los poetas del verso y de la prosa–, vivida sobre todo *con* y *en* palabras; ellas hacen inteligibles las imágenes recordadas o imaginadas, las sensaciones y los instintos, el hervidero confuso y gaseoso que conforma la vida mental no lingüística. De acuerdo con la célebre «hipótesis Sapir-Whorf»:

«We dissect nature along lines laid down by our native languages. The categories and types that we isolate from the world of phenomena, we do not find there because they stare every observer in the face; on the contrary, the world is presented in a kaleidoscopic flux of impressions which has to be organized by our minds – and this means largely by the linguistic systems in our minds. We cut nature up, organize it into concepts, and ascribe significances as we do, largely because we are parties to an agreement to organize it in this way – an agreement that holds throughout our speech community and is codified in the patterns of our language. The agreement is, of course, an implicit and unstated one, *but its terms are absolutely obligatory*; we cannot talk at all except by

subscribing to the organization and classification of data which the agreement decrees».¹⁵

No existe *una* sola realidad objetiva externa a los individuos, sino múltiples realidades subjetivas, innumerables experiencias. Y estas realidades subjetivas múltiples e inevitables *adquieren sentido para uno y son comunicables para los demás* en la medida en que son verbalizadas: *engastadas* en palabras y *vertebradas* en enunciados lingüísticos. Los límites del mundo de cada cual son definidos primordialmente por los límites del lenguaje con el que, *en el que* cada cual aprehende, vive el mundo, *su* mundo.¹⁶

La experiencia, más allá de la simple pero imprescindible percepción sensorial, es sobre todo –aunque no sólo– *experiencia lingüística*. No existe interrupción drástica entre *subjetividad* y *objetividad*, esto es, entre el *aquí adentro* subjetivo de cada uno y el *ahí afuera* intersubjetivo de todos, precisamente porque existen tantas realidades como experiencias individuales, y porque la vida mental de todos habita dentro de ese medio a la vez íntimo y social que es el lenguaje. Así, de acuerdo con Cassirer,

«Para Humboldt el signo fonético, que representa la materia de toda formación del lenguaje es, por así decirlo, el puente entre lo subjetivo y lo objetivo, porque en él se combinan los elementos esenciales de ambos. Pues, por una parte, el fonema es hablado y en esa medida es un sonido articulado y formado por nosotros mismos; y por la otra, en cuanto sonido escuchado, es una parte de la realidad

14. Me remito a cualquiera de las ediciones de calidad de la *Retórica*. La concepción aristotélica de lo verosímil es muy bien explicada por Roland Barthes en «La retórica antigua», prontuario recogido en *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 85-161.

15. Benjamin Lee Whorf, «Science and Linguistics» (1940), artículo incluido en *Language, Thought and Reality*, Cambridge, MIT Press, 1956, p. 157. Al respecto véase también la obra anterior de su maestro Edward Sapir, *Language. An Introduction to the Study of Speech* (1921), publicado en castellano: *El lenguaje*, México, FCE, 1954.

16. Tal es el sentido de la famosa proposición 5.6. del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein: «Els límits del meu llenguatge signifiquen els límits del meu món» (Barcelona, Laia, 1989, p. 130).



estas realidades subjetivas múltiples e inevitables adquieren sentido para uno y son comunicables para los demás en la medida en que son verbalizadas: engastadas en palabras y vertebradas en enunciados lingüísticos.



l hiato que separa el significado canónico de un signo del sentido de un enunciado concreto constituye un territorio semántico de extrema complejidad e importancia, justamente el espacio de la comunicación humana efectiva.

sensible que nos rodea. De ahí que nosotros lo aprehendamos y conozcamos como algo «interno» y «externo» simultáneamente; como una energía de lo interno que se traduce y objetiva en algo externo».17

La *comunicación* es, vista así, el acto de *poner en común* las experiencias particulares mediante enunciados, con el fin de establecer acuerdos intersubjetivos sobre el «mundo de todos», el conjunto de mapas que conforman la cartografía que por convención cultural llamamos «realidad». Y la *cultura*, la paulatina decantación de esos enunciados lingüísticos e icónicos, que en la medida en que son colectivamente asumidos van formando un *humus*, un sedimento común para uso consciente e inconsciente de todos. Tal sedimento es la *tradición cultural* que empapa a los individuos de modo inevitable, lo sepan éstos o no, lo quieran o no.18

1.1. DEL SIGNIFICADO AL SENTIDO

De la consciencia lingüística se desprende una distinción –imprescindible pero harto infrecuente– entre los conceptos de *significado* y *sentido*, que a mi entender tiene importantes consecuencias para el estudio semántico de los productos mediáticos. Pero antes procede una aclaración.

El concepto clásico de *significado*, manejado habitualmente por la lingüística y la semiótica estructuralistas, padece *in nuce* un defecto congénito: designa el contenido semántico referido *canónicamente* por el signifi- cante –lo denotado–, al cual se le añade, a

lo sumo, algún otro u otros contenidos subsidiarios –lo connotado. Cesare Segre resume así esta concepción: «El término *connotación* se contrapone a *denotación* porque designa cualquier conocimiento suplementario respecto al puramente informativo y codificado de la denotación».19

Al concebir, desde Saussure, el signo como rigurosamente arbitrario, se postula la existencia de un significante unido a un significado canónico y fijo, independiente de las circunstancias y el contexto de la comunicación. Semejante concepción estática del signo es plenamente congruente con la lingüística saussuriana, para la que la *langue* abstracta y normativa es el verdadero objeto de la Lingüística científica, no así la *parole* concreta, siempre inabarcable en su diversidad de manifestaciones, siempre fluida y cambiante, incesantemente renovada por los hablantes en sus innumerables intercambios lingüísticos.

De las limitaciones de esta concepción – muy extensiva todavía entre universitarios y educadores– da cuenta el esfuerzo que desde la lingüística y la semiótica contemporáneas se ha hecho para vindicar la importancia del receptor o destinatario en la compleción del significado: la reciente pragmática aparece como disciplina susceptible de completar lo que semántica y sintaxis –las dos facetas tradicionales de la lingüística– dejaban intocado. Los signos son codificados por el emisor mediante significantes cuyos significados van más allá de las meras convenciones léxicas: al decodificar, el receptor –el *lector in fabula* de Eco– colabora

17. Cassirer, op. cit., 1971, p. 34.

18. Así, en palabras de Lluís Duch, *op. cit.*, 1997, p. 52: «A menudo de forma soterrada, la tradición, como contenido y también como diversidad de formas expresivas, continúa manteniendo su presencia activa en el momento actual. No debe olvidarse que la tradición, a lo largo de la historia, ha sido un insustituible factor estructurador de la humanidad del hombre a partir de los estratos más profundos de su propia arqueología. Además, resulta un hecho harto conocido que ni el contenido ni las formas expresivas de la tradición humana poseen posibilidades infinitas, sino que sólo dispone de las que corresponden a un *ens finitum capax infiniti*, es decir, a un ser que se ve obligado a someterse a un incesante proceso de clasificación de los nuevos datos y circunstancias que irrumpen en su horizonte físico y mental». Sobre la importancia de la tradición, y sobre su naturaleza eminentemente lingüística, ha reflexionado brillantemente George Steiner en *Antígonas. Una poética y una filosofía de la lectura*, Barcelona, 1966, *passim*.

19. Cesare Segre, *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona, Crítica, 1985, p. 59. Véase, así mismo, Umberto Eco, *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen, 1977, pp. 110-114.

decisivamente en la creación del significado final, pues aplica a los signos que recibe sus propias expectativas, hábitos y creencias, amén de una retahíla de condicionantes derivados del *cotexto*, del *contexto* y de la *circunstancia* en que se produce el acto de comunicación.²⁰

Para la pragmática, en fin, la legendaria frase de la lingüística tradicional «El gato bebe leche» es algo más que una articulación sintáctica de signos cuyo significado literal es que un mamífero felino digitigrado ingiere por su gaxnate el fluido alimenticio y blanco con que es amamantado: en un contexto y circunstancia precisos, y ante un interlocutor siempre concreto, puede ser una contraseña de espías o una lírica y críptica invitación a los humores del lecho. El significado real connotado, siempre concreto, puede ser muy diferente del significado literal denotado.²¹

Y aquí es menester afirmar con énfasis que el hiato que separa el *significado canónico* de un signo del *sentido de un enunciado concreto* constituye un territorio semántico de extrema complejidad e importancia, justamente el espacio de la comunicación humana efectiva. Un dinamismo semántico donde confluyen y entran en diálogo las intenciones y expectativas de los agentes comunicativos –ya no puede hablarse de papeles fijos de emisor y receptor, sino de *turnos de habla*–, las convenciones semióticas y, en último pero no menos importante lugar, el contexto y la circunstancia concretos en que cada enunciado se produce cooperativamente.

Pero, como probablemente se temían Saussure y sus epígonos, el estudio del sentido –de esa gran porción de significado que va más allá de la denotación– no se compadece con formalizaciones fáciles y expeditivas. En rigor, si el significado es convencional, fijo –y, pues, verificable y hasta cuantificable por los hacendosos analistas del discurso–, el sentido desborda cualquier intento de contabilidad: aunque se apoya en la articulación de los significados convenciona-

les, es complejo y enormemente versátil, una suerte de fluido incesantemente creado y recreado por el diálogo de enunciados que establecen los interlocutores.²² Hasta el punto de que *el sentido es sólo aprehensible cualitativamente*, mediante el auxilio de operaciones interpretativas cuya diversa complejidad va desde el guiño en la charla cotidiana a los intrincados vericuetos alumbrados por la hermenéutica filosófica.

Tal inevitable aprehensión cualitativa del *sentido* se debe aún a otro hecho esencial: a diferencia del significado, concebido como un concepto fijo, hipercodificado, abstracto y –por así decirlo– *inmaterial* y *asensorial*, el sentido es mutable, hipocodificado, concreto y –también por así decirlo– *material* y *sensorial*. Nos hallamos, como es notorio, no ya en el territorio ideal de la *langue*, sino en el muy real y complejo de la *parole*, con su estimulante diversidad.

1.2. DE LA 'LANGUE' A LAS 'PAROLES'

Los signos *tienen significados* convencionalmente atribuidos, de ahí la existencia de los diccionarios y de los repertorios sígnicos especializados; pero los enunciados reales que los hablantes producen y reproducen incesantemente, en cambio, *adquieren sentido* dialógicamente, en el acto mismo de la comunicación. Un sentido que depende del modo en que los interlocutores, habitantes de su medio lingüístico –hablan el lenguaje, son hablados por el lenguaje– piensan y sienten lo que dicen en el contexto y circunstancia precisos en que hablan (y a la luz, claro es, de los sentidos previamente acuñados y sedimentados en su cultura): articulan enunciados cuyo significado canónico es continuamente teñido y constreñido por figuras y tropos que capturan la experiencia sensorial y sensible de los hablantes.²³

La misma reverberación semántica de la palabra *sentido* nos ofrece las pistas necesarias: el enunciado se oye –*se sent*, en lengua

20. Sobre la pragmática y su aplicabilidad a los estudios sobre comunicación, véanse: John Austin, *How to do things with words*, Oxford, Clarendon Press, 1962; John Searle, *Speech Acts*, Cambridge, Cambridge Univ. Pres, 1969; Geoffrey Leech, *Principles of Pragmatics*, Londres-Nueva York, Longman, 1983; Stephen Levinson, *Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Siegfried J. Schmidt, *Teoría del texto. Problemas de una lingüística de la comunicación verbal*, Madrid, Cátedra, 1977; Umberto Eco, *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981; o Graciela Reyes, *La pragmática*, Barcelona, Montesinos, 1990.

21. La pragmática, sin embargo, presenta como novedosa una idea que la longeva retórica formuló –con mucha mayor precisión y detalle, por cierto–, hace aproximadamente veinticinco siglos. Al respecto, es muy útil la obra de Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991; así como el clásico de Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca *Tratado de la argumentación*, Madrid, Gredos, 1989. Asimismo, la más reciente, valiosa y sugerente aplicación de la retórica al estudio de la información periodística de Elvira Teruel i Planas, *Retòrica, informació i metàfora*, Bellaterra (Barcelona), UAB/UJ/UV, 1997. Se trata, a mi juicio, de una obra que debe contribuir de modo significativo a la imprescindible renovación de los estudios sobre comunicación periodística.

22. Acerca de la naturaleza dialógica de la comunicación lingüística, entendida como incesante intercambio de enunciados, son ya clásicas las reflexiones del gran Mijail Bajtin en *Estética de la creación verbal* (México, Siglo XXI, 1985) y *Teoría y estética de la novela* (Madrid, Taurus, 1989).

23. La idea nietzscheana acerca de la naturaleza retórica del lenguaje ha dado lugar en años recientes a algunas magníficas investigaciones sobre el papel decisivo que las metáforas juegan en el modo de vivir, concebir y comunicar de los individuos. Pienso, en particular, en la relativamente reciente pero ya clásica obra de George Lakoff y Mark Johnson *Metaphors We Live By* (1980), título mal traducido en la versión castellana: *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1991. Por otra parte, la antes aludida obra de Elvira Teruel *Retòrica, informació i metàfora* es, sin duda, una iluminadora aplicación de la *consciència retòrica* al estudio de la comunicación periodística.

catalana– y se siente; no sólo se *entiende* su significado convencional y abstracto, sino que se *comprende* su significado concreto *hic en nunc*; la sutil textura de motivos, actitudes, intenciones, efectos y, en fin, matices conceptuales y sensoriales que conforman su sentido. Por fin, la palabra sentido nos trae una última acepción: se siente ante, por, contra o con *algo* o *alguien*, el sentido nace y se crea en neta socialidad, en coloquio permanente –muy, pero que muy *pragmáticamente*.

Y éste es el momento de recordar que, desde sus orígenes, la retórica afrontó los problemas, las técnicas y las situaciones de comunicación relacionados tanto con el sentido de los enunciados como con las condiciones de la enunciación. *Tekhné* capaz de producir textos eficaces, pero también delicada y aguzada herramienta de análisis de los enunciados producidos, la retórica iluminaba mediante su extenso repertorio de figuras y tropos las muy diversas posibilidades semánticas del decir y del decirse humanos. Hoy sorprende el olvido al que durante siglos fue relegada, y aun más la condescendencia con que muchos semióticos y analistas del discurso de la hora presente tienden a hablar de ella –como un mozalbete infatuado que, ignorante de su ignorancia, insiste en menospreciar la sabiduría de sus mayores.

En el mejor de los casos, los enfoques pragmáticos hoy en boga apuntan tímidamente en una dirección que la antigua pero de ningún modo vieja retórica desarrolló ampliamente durante siglos de modo, en mi opinión, mucho más *comprehensivo*. La búsqueda del sentido de los enunciados mediáticos y periodísticos cuenta, así, con un auxiliar de inestimable utilidad, capaz de identificar y de explicar su dinamismo semántico. Un auxiliar, además, singularmente dotado para afrontar las diversas dimensiones de tales enunciados: la invención y el hallazgo de los argumentos y de los temas (*inventio*), la disposición de las partes del discurso (*disposi-*

tiò), los sutiles rasgos de estilo y expresión con que éste se encarna (*elocutio*), los variados modos en que puede ser *puesto en juego* (*memoria y actio*); en fin, nada menos que la entera configuración temática, sintáctica, semántica y pragmática de los enunciados realmente existentes, de esas innumerables *paroles* tan temidas por la plana mayor de los lingüistas y semiólogos de nuestro siglo.

1.3. NATURALEZA LOGOMÍTICA DEL LENGUAJE

Conviene señalar que la concepción usual de significado –en última instancia deudora de la carencia de consciencia lingüística– descansa además en una *creencia* previa muy extendida entre doctos y legos, convertida ya en ufano sentido común, acerca de la *naturaleza lógica* del lenguaje: la que piensa la palabra exclusivamente como *logos*, es decir, como *concepto* abstracto, racional, referencial, asensorial y denotativo. Una creencia que es, como diría Nietzsche con palabras antecitadas, una de esas «ilusiones que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han desgastado y se han quedado sin fuerza sensorial» a fuer de usarse como moneda corriente.

En cambio, la idea de *sentido* que aquí proponemos se apoya en una concepción *logomítica* del lenguaje, esto es, en la consideración de que la palabra humana, radicalmente y sin remisión, es a la vez *logos* y *mythos*: palabra que aúna *concepto* abstracto e *imagen* sensorial, razón y representación, denotación precisa y connotación sensible, referencia analítica y alusión sintética, *efectividad* y *afectividad*.²⁴

El sentido común suele considerar el lenguaje no sólo como mero vehículo o instrumento de comunicación capaz de *encapsular* los pensamientos previamente formados en la conciencia, sino como una suerte de articulación lineal y *monodimensional* de sonidos abstractos, una especie de cadena formada

24. Tal concepción *logomítica* del lenguaje ha sido elocuentemente expuesta y defendida por Lluís Duch a lo largo de sus obras publicadas en los últimos años, ya citadas.

por eslabones enlazados. Reducido a esta imagen –muy antigua, por cierto, pero reforzada en nuestra época por la hegemonía del paradigma *estructuroológico*– el lenguaje es visto como mero *vehículo transportador de conceptos*, cual tren de mercancías que mediante sus vagones contenedores (*significantes*) transporta diversos contenidos (*significados*). La relación que se establece entre tales significantes y significados es lógica, esto es, unívoca y precisa: *significa*.

Nótese bien que tal concepción lógica del lenguaje descuida su naturaleza logomítica: el hecho decisivo de que las palabras no son meros signos límpidos y netos, *unívocas*, sino antes que nada *símbolos* alusivos, sugerentes y polisémicos, *equivocas*. Al concebir el lenguaje como retórico, Nietzsche nos dice no sólo que la palabra es expresión y representación en vez de reproducción, sino también que tal expresión tiene inevitablemente un carácter *figural*, es decir, metafórico-simbólico: la palabra es siempre tensión entre el *concepto unívoco (logos)* y la *imagen equívoca (mythos)*, expresa siempre de modo *figurada*: imperfecto, incompleto, alusivo, borroso. Por su naturaleza eminentemente simbólica, el lenguaje a un tiempo revela y oculta, alumbra, insinúa y oscurece: hay una zona de borrosidad y de claroscuro inevitable entre las palabras y su sentido.²⁵ En palabras de Octavio Paz:

«Cualquiera que sea el origen del habla, los especialistas parecen coincidir en la «naturaleza primariamente mítica de todas las palabras y

formas del lenguaje». La ciencia moderna confirma de manera impresionante la idea de Herder y los románticos alemanes: «Parece indudable que desde el principio el lenguaje y el mito permanecen en una inseparable correlación... Ambos son expresiones de una tendencia fundamental a la formación de símbolos: el principio radicalmente metafórico que está en la entraña de toda función de simbolización». Lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas. La ciencia verifica una creencia común a todos los poetas de todos los tiempos: el lenguaje es poesía en estado natural. Cada palabra o grupo de palabras es una metáfora. Y asimismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible de cambiarse en otra cosa y de transmutar aquello que toca: la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje. Por la palabra, el hombre es una metáfora de sí mismo.»²⁶

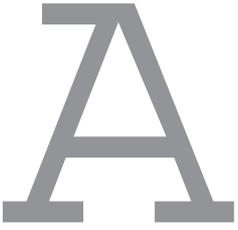
Así pues, en tanto que simbólico, el lenguaje no sólo nombra y designa, sino que alude y sugiere. No es sólo concepto racional, sino *imagen* y *sensación*. Es posible que la terca confusión entre lenguaje y escritura sea la causa de la concepción del lenguaje como

25. Acerca de esta decisiva cuestión, resulta sumamente sugerente la observación que Duch hace a propósito de la palabra con que el idioma alemán expresa la noción de símbolo: 'Sinnbild', vocablo compuesto a partir de 'Sinn' (sentido) y 'Bild' (imagen). *Mite i interpretació*, *op.cit.*, 1996, p. 91.

26. Octavio Paz, *El arco y la lira*, *op.cit.*, 1992, p. 34. Las citas entrecorridas por Paz corresponden a la obra citada de W.M. Urban, *Lenguaje y realidad*.

P

or su naturaleza eminentemente simbólica, el lenguaje a un tiempo revela y oculta, alumbra, insinúa y oscurece: hay una zona de borrosidad y de claroscuro inevitable entre las palabras y su sentido.



Al hablar, al decir, los sujetos inevitablemente ideamos; a saber, imaginamos la «realidad» que vivimos, observamos, evocamos o anticipamos; que toda dicción humana es, siempre y en alguna medida y manera variables, también ficción.

mera *articulación significativa*, a modo de esas ristas de palabras que emanan de los personajes pintados en los frescos románicos o en las viñetas del *ómic*. Pero el lenguaje es, *en realidad*, algo mucho más complejo y diverso: además de sonidos suscita imágenes, texturas, colores, olores y sabores; no es simple *línea acústica monodimensional*, sino una suerte de *medio sensorial tridimensional*²⁷ compuesto de estratos lábiles; no es sólo razón, sino también *imagen* y *sensación*: figuración. Más allá de las designaciones precisas, los sentidos que las palabras suscitan tienen una marcada carga *sensible* e *intuitiva*, hasta el punto de que en la propia naturaleza logomítica del lenguaje reside toda posibilidad de despliegue de sus diversas facultades y funciones. Siguiendo a Ernst Cassirer,²⁸ podemos decir que la entraña densa y diversa de las palabras contiene todas las posibilidades de la dicción humana: la ciencia, la filosofía, el sentido común, el arte, la poesía, el mito...

Y, siguiendo aquí nuestra propia y vacilante intuición, añadiremos que es en las entretelas mismas del lenguaje donde arraiga y se agazapa la ficción: que toda palabra, toda *dicción* es, siempre y necesariamente, *ficción* inevitable, insoslayable fabulación.

1.4. DE TODA DICCIÓN CONSIDERADA COMO INEVITABLE FICCIÓN

Al afirmar que la naturaleza del lenguaje no es sólo lógica sino logomítica, es decir, a un tiempo *abstractiva* y *figurativa*, estamos reivindicando que las palabras son, amén de

designaciones abstractas, imágenes sensoriales: que el lenguaje, por decirlo de modo elocuente, tiene una naturaleza *audio-visual*. La lingüística y la estilística ortodoxas suelen reconocer, a lo sumo, que existe una figura retórica llamada *imagen*, emparentada con la metáfora y la sinestesia, pero no que las palabras son *también* imágenes.

Repárese, no obstante, en que las palabras no son *imágenes icónicas*, como las generadas por los medios de comunicación y las tecnologías de nuestro tiempo, sino *imágenes mentales*.²⁹ El vocablo 'imagen' es, a no dudarlo, menos transparente y más complejo de lo que a primera vista parece: en latín, '*imago*' significa a la vez /imagen/ e /idea o representación mental/; también en latín, '*idolum*' vuelve a significar /imagen/; y en griego, '*idea*' quiere decir /imagen ideal de un objeto/.³⁰ Aunque no es aceptable el recurso trillado a las etimologías fáciles para desentrañar el asunto que nos ocupa, nos hallamos ante una encrucijada repleta de insinuaciones y sugerencias.

Esa '*imago*' latina que es a un tiempo /imagen/ e /idea o representación/, ¿no nos da acaso la clave para desentrañar la cuestión que tratamos de elucidar? ¿No es cierto acaso que las palabras, por su naturaleza logomítica, por su tensión inevitable entre abstracción y sensorialidad, tienen una dimensión inevitablemente configuradora, *imaginaria*? ¿Y no se desprende de ahí acaso que al *empalabrar* la «realidad», los sujetos no hacen sino *imaginarla*?

27. Un medio concebido como *medio-ambiente*, no, como es habitual, como *medio-instrumento*.

28. Me remito a su obra, ya citada, *Filosofía de las formas simbólicas. I. El lenguaje*, 1971.

29. Acerca de la distinción entre imagen icónica e imagen mental, es esclarecedor el libro de Román Gubern *La mirada opulenta*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987, caps. 1 y 2.

30. *Gran diccionario de la lengua española*, Barcelona, Larousse, 1996.

Este es, a mi juicio, el hecho decisivo, derivado de esa concepción nietzscheana acerca de la naturaleza retórica del lenguaje sobre la que venimos reflexionando: que al hablar, al decir, los sujetos inevitablemente *ideamos*; a saber, *imaginamos* la «realidad» que vivimos, observamos, evocamos o anticipamos; que toda *dicción* humana es, siempre y en alguna medida y manera variables, también *ficción*, que no es que uno de los modos posibles de la dicción sea la ficción – junto a la llamada «no ficción» y sus géneros, pongamos por caso –, sino que dicción y ficción son constitutivamente una y la misma cosa; y que, en todo caso, la tarea reflexiva y analítica para el estudioso consiste en discernir cuáles son los *grados* y las *modalidades* en que esa ficción constitutiva de toda dicción se da en los intercambios comunicativos.

Es necesario, no obstante, aclarar el alcance de la idea de ficción que manejamos, no sea que nuestro razonamiento coseche no sólo incompreensión, sino hasta indeseable y airado rechazo. Pues se da el caso de que, confinada a los ámbitos de la literatura, por un lado, y de la mentira y el engaño, por otro, la idea de ‘ficción’ ha sido maltratada tanto por la teoría literaria ortodoxa como por el sentido común general: sea relegada al ámbito *positivo* de la creación artística, sea al *negativo* de lo falso.³¹

Tales restricciones de la noción de ‘ficción’ han entorpecido considerablemente no ya sólo la reflexión epistemológica y estética relativa a esta cuestión crucial, sino también, de modo más concreto y palpable, la teoría literaria,³² por una parte, y los estudios sobre comunicación, por otra. Pues no basta con decir que existen enunciados literarios y mediáticos, de un lado, y actos de habla engañosos o mentirosos, de otro, caracterizados todos ellos por el cultivo de la ficción; ni es aceptable distinguir paladinamente entre aquellas ficciones «buenas» y estas otras «malas», como suele hacer el ufano sentido común.

En vez de echar mano una vez más de los clichés al uso, es preciso reconocer en primer lugar que, de modo necesario e inevitable, todo acto de dicción es también un acto de ficción; en segundo, que los actos de ficción en que incesantemente incurrimos al hablar nos permiten aprehender y expresar de modo *figural* –esto es: *imaginativo* y *retórico*– todas esas cosas que damos en llamar «realidad»; y por último, que tal convicción no debe movernos a aceptar una suerte de relativismo nihilista, en virtud del cual todo conocimiento sería mera ilusión solipsista, sino a distinguir con esmero los *grados* y las *maneras* en que la ficción empapa nuestros actos de habla.

Así, aunque no puedo ni quiero desarrollar aquí esta cuestión capital, me parece imprescindible distinguir provisionalmente varias modalidades de enunciación según sean los *grados* y *maneras* en que los afecte esa insoslayable *cuota de ficción* a que nos referimos. La ordenación de tales modalidades de enunciación dibujaría, de un lado, una banda «vertical» imaginaria que iría de la *mayor referencialidad posible* a la *mayor fabulación posible*, es decir, consideraría el *estatuto gnoseológico de los enunciados producidos*, y de otro, una suerte de banda «transversal» que integraría los enunciados según su *índole formal y expresiva*, esto es, consideraría su *estatuto estético*.

(a) *Enunciación facticia*³³ o *ficción tácita*, propia de los enunciados de *vocación veridicente*, en los que la «dosis» de ficción estaría reducida al máximo, es decir, sería aquella *implícita* y *no intencional*, inherente a la condición lingüística de tales enunciados. La enunciación facticia exige, para serlo, un *pacto de veridicción* entre los interlocutores, comprometidos a entablar un intercambio fehaciente, es decir, respetuoso de las máximas –*calidad, cantidad, pertinencia y manera*– que integran el célebre *principio de cooperación* enunciado por H. P. Grice.³⁴ En este tipo de enunciados

31. Tal restricción de la noción de ‘ficción’, muy extendida y expansiva, ha sido rebatida en las últimas décadas por círculos restringidos de pensadores postestructuralistas, como Thomas Pavel y Lubomir Dolezel, interesados en la reflexión acerca de la llamada *ficcionalidad*, esto es, acerca de las modalidades ficticias de la dicción humana. Pero no me parece que hayan llevado la reflexión iniciada hasta sus últimas y decisivas consecuencias.

Al respecto, véanse las obras de Thomas Pavel, *Univers de la fiction*, Paris, Editions du Seuil, 1988; Lubomir Dolezel, «Truth and Authenticity in Narrative», *Poetics Today*, I, 4, 1980, pp. 7-25; y, también, el volumen colectivo de R. Barthes, L. Bersani, Ph. Hamon, M. Riffaterre y I. Watt *Littérature et réalité*, Paris, Editions du Suil, 1982. Mucho antes que estos autores, José Ortega y Gasset escribió páginas perspicaces sobre la cuestión en *Ideas sobre la novela*, Madrid, Revista de Occidente.

32. Es iluminador, al respecto, el ensayo de Constanzo Di Girolamo *Teoría crítica de la literatura*, Barcelona, Crítica, 1985.

33. Según el *Gran diccionario de la lengua española* (*op.cit.*, 1996), el término castellano «facticio» refiere, en su primera acepción, algo «que está hecho de una manera artificial a imitación de la realidad natural», mientras que para el *Diccionario manual Pompeu Fabra* (Barcelona, Edhasa, 1987), la palabra catalana «factici» designa algo «que no és una creació natural, no natural, de convenció». Aunque algunos matices de sentido las separan, ambas definiciones coinciden en señalar el *carácter artificial y convencional de una imitación respecto de la realidad tomada como referencia*. A mi juicio, el adjetivo «facticio» podría recibir una acuñación complementaria, como designación de los enunciados de vocación veridicente, y sustituir así con ventaja la falaz y periclitada expresión «no ficción». Nótese que un enunciado «facticio» es una construcción de sentido que no reproduce ni calca la realidad, sino que la representa por medio de convenciones lingüísticas. En lo facticio existe ya, pues, una *con-figuración*, se da esa inevitable *cuota de ficción tácita* inherente a todo acto de dicción. Un enunciado «ficticio», en cambio, es aquél en que no existe vocación veridicente, sino fabulación explícita y deliberada –a veces en busca de una *verdad* esencial que trascienda la mera *veracidad* de los datos comprobables.

34. Se trata, como es notorio, de uno de los meollos de la llamada pragmática, tan influyente

cabría distinguir, a su vez, dos tipos:

(a.1) la *enunciación facticia de tenor documental*, caracterizada por su *veracidad* y su alta *verificabilidad* –así, *eventualmente*, en actos de habla como la afirmación y la constatación, o en géneros periodísticos y mediáticos como la información, la crónica, el reportaje y el documental.

(a.2.) la *enunciación facticia de tenor testimonial*, caracterizada por su *veracidad* y su escasa *verificabilidad*. A modo de ejemplo, es el modo de enunciación propio de la llamada ‘literatura del yo’ –libros de memorias, dietarios, epistolarios, relatos de viaje, retratos y semblanzas– y, en fin, de la gama entera de la literatura testimonial.

(b) *Enunciación ficticia* o *ficción explícita*, característica de los enunciados de *vocación fabuladora*, en los que la «dosis» de ficción sería *explícita* e *intencional*, y estaría presente en grados y maneras variables, más allá de la cuota de ficción inherente a la condición lingüística de tales enunciados. La enunciación ficticia exige, para serlo, un *pacto de ‘suspensión de la incredulidad’* entre los interlocutores. En este tipo de enunciados cabría distinguir, a su vez, al menos tres tipos:

(b.1) la *enunciación ficticia de tenor realista*, caracterizada por la búsqueda de una *verdad esencial* destilada por medio del cultivo de la *verosimilitud referencial*, esto es, por su carácter representativo y mimético respecto de *un mundo posible reconocible* para el interlocutor (por ejemplo, el París de la Restauración, o el Chicago de la Gran Depresión). Éste sería el caso del relato, la novela y el cine realistas, de Flaubert a Rossellini pasando por Chejov y Hemingway.

(b.2) la *enunciación ficticia de tenor mitopoético*, caracterizada por la búsqueda de una *verdad esencial* destilada por medio del cultivo de la *verosimilitud autorreferencial*, esto es, no por su carácter representativo y mimético respecto de un mundo posible

concreto y reconocible, sino por su apelación a esas *otras realidades interiores*, propias de la imaginación, la fantasía, el sueño o el ensueño. Tal sería el caso del mito y la leyenda, así como del relato, la novela y el cine fantásticos, de Poe a Kubrick pasando por Lovecraft y Tolkien.

(b.3.) la *enunciación ficticia de tenor falaz*, caracterizada por su búsqueda deliberada de la mentira, el engaño, la tergiversación, el encubrimiento o, en fin, cualquiera de los sutiles matices incluidos en la nutrida gama de la falsedad y la mendacidad, tan bien expresada por San Agustín en *De Mendacio*: «Una mentira es la enunciación premeditada de una falsedad inteligible». ³⁵ Desde un punto de vista no estético sino epistemológico, lo que diferencia la ficción falaz de la ficción artística es que en ésta los interlocutores conocen y disfrutan de los términos del intercambio, mientras que en aquélla uno de ellos desconoce que se le da gato por liebre: se da, dicho con palabras de Grice, una *burla* de las máximas que integran el principio de cooperación. En la *enunciación falaz*, por tanto, no se da pacto alguno de suspensión de la incredulidad, sino una explotación deliberada de la credulidad de uno de los interlocutores. ³⁶

Conviene observar, antes de proseguir, que –caso de ser aceptada y afinada– esta propuesta permitiría superar dicotomías obsoletas y oscurecedoras, como la burda pero consoladora distinción clásica entre las categorías de *ficción* y *no ficción*, o la todavía más burda distinción entre *ficción* y *realidad*, apoyada en una incomprensible pero extendida confusión entre el plano epistemológico –la ficción– y el plano ontológico –la realidad. Si bien se mira, no nos es dado hablar de «la realidad» más que a través de sus representaciones y expresiones: la cuestión verdaderamente crucial estriba, más bien, en dilucidar el carácter de las diversas modalidades de representación y expresión, no en contraponerlas abruptamente a una supuesta «reali-

en la lingüística reciente –y tan fecunda. Me remito a los textos clásicos de H.P. Grice: «Meaning», *Philosophical Review*, 67, 1957; «Logic and Conversation», en *Further notes on logic and conversation*, Cole & Morgan, 1967; o «Presupposition and conversational implicature», Cole & Morgan, 1981.

³⁵. Acerca de la crucial cuestión de lo *falso* y lo *verdadero* en los enunciados lingüísticos, me parece esencial la exposición que George Steiner desarrolla en *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, op.cit, 1990, en especial el capítulo III «La palabra contra el objeto». La definición de San Agustín está recogida en la página 251 de esta obra.

³⁶. Esta propuesta es todavía, a no dudarlo, precaria y balbuciente. Pretende, sobre todo, poner en entredicho la acomodaticia y falaz división tradicional entre ficción y no ficción, y llamar la atención sobre la necesidad de reformular los conceptos desde la raíz. Para ello, será necesario explorar minuciosamente las contribuciones que a la elucidación de este territorio proceloso brindan la filosofía del lenguaje, la pragmática y el análisis del discurso.

dad» que, de hecho, no podemos conocer más que a través de ellas.

Además, la aceptación de tal propuesta implica no sólo cuestionar la vigente identificación de la idea de 'ficción' con la idea de 'falsedad', sino reconocer que en la ficción constitutiva de la dicción humana reside esa insólita capacidad generadora de conocimiento que sólo el lenguaje posee; un conocimiento que es, nótese bien, no sólo *representación (mimesis)* sino muy singularmente *creación (poiesis)*. Como razona George Steiner en *Después de Babel*,

«El lenguaje es el instrumento privilegiado gracias al cual el hombre se niega a aceptar el mundo tal y como es. Sin ese rechazo, si el espíritu abandonara esa creación incesante de anti-mundos, según modalidades indisociables de la gramática de las formas optativas y subjuntivas, nos veríamos condenados a girar eternamente alrededor de la rueda de molino del tiempo presente. La realidad sería (para usar, tergiversándola, la frase de Wittgenstein) «todos los hechos tal y como son» y nada más. El hombre tiene la facultad, la necesidad de contradecir, de desdecir el mundo, de imaginarlo y hablarlo de otro modo».³⁷

Esa capacidad *poiética* del lenguaje, esa facultad no sólo de representar la experiencia, sino de *crear* y *hacer* sentido está enraizada en la misma entraña de las palabras. En *Presencias reales*, Steiner elucida así esa decisiva cuestión:

«El lenguaje mismo posee y es poseído por la dinámica de la ficción. Hablar, bien a

uno mismo o a otro, es –en el sentido más desnudo y riguroso de esta insondable banalidad– inventar, reinventar, el ser y el mundo. La verdad expresada es, lógica y ontológicamente, «ficción verdadera», donde la etimología de «ficción» nos remite de forma inmediata a la de «hacer». El lenguaje crea: por virtud de la nominación, como en el poner nombre de Adán a todas las formas y presencias; por virtud de la calificación adjetival, sin la cual no puede haber conceptualización de bien o mal; crea por medio de la predicación, del recuerdo elegido (toda la «historia» se aloja en la gramática del pretérito). Por encima de todo lo demás, el lenguaje es el generador y el mensajero del mañana (y desde el mañana). A diferencia de la hoja, del animal, sólo el hombre puede construir y analizar la gramática de la esperanza. [...] Creo que esta capacidad para decirlo y no decirlo todo, para construir y deconstruir espacio y tiempo, engendrar y decir contrafácticos –«si Napoleón hubiese mandado en Vietnam»– hace hombre al hombre».³⁸

El lenguaje mismo posee y es poseído por la dinámica de la ficción. ¿Puede acaso decirse mejor?

II. INCIDENCIA DEL GIRO LINGÜÍSTICO EN EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN PERIODÍSTICA

A mi entender, el aludido 'giro lingüístico' ha impregnado ya el estudio de la comunicación mediática, en buena medida gracias a las fecundas contribuciones deriva-

37. Steiner, *op. cit.*, 1981, p. 250.

38. George Steiner, *Presencias reales, op.cit.*, 1991, pp. 74 y 75.



n la distinción falaz entre lengua estándar y literaria vemos sutilmente reproducida, una vez más, la previa dicotomía de Suassure entre 'langue' y 'parole', tan influyente en el estructuralismo del siglo XX.

39. En la obra de esta corriente sociológica que más influencia ha ejercido en los estudios sobre comunicación, el clásico de Peter L Berger y Thomas Luckmann *The Social Construction of Reality* (1966), esta conciencia lingüística es bien palpable, aunque, a mi entender, sus autores no la llevan a sus últimas consecuencias, especialmente por lo que se refiere a la naturaleza retórica del lenguaje.

40. Fue Roman Jakobson quien expresó con precisión este propósito: «El objeto de la ciencia literaria no es la literatura sino la «literariedad» (*literaturnost*), es decir lo que hace de una obra dada una obra literaria. Sin embargo, hasta ahora se podría comparar a los historiadores de la literatura con un policía que, proponiéndose detener a alguien, hubiera echado mano, al azar, de todo lo que encontró en la habitación y aún de la gente que pasaba por la calle vecina. Los historiadores de la literatura utilizaban todo: la vida personal, la psicología, la política, la filosofía. Se componía un conglomerado de pseudo disciplinas en lugar de una ciencia literaria, como si se hubiera olvidado que cada uno de esos objetos pertenece respectivamente a una ciencia: la historia de la filosofía, la historia de la cultura, la psicología, etc., y que estas últimas pueden utilizar los hechos literarios como documentos defectivos, de segundo orden.» Citado por Tzvetan Todorov, ed., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp. 25-26. Acerca de los intentos de definición de la *literariedad*, son iluminadores los ensayos de Constanzo Di Girolamo *Teoría crítica de la literatura* (*op.cit.*, 1985), de M. Marchescou *El concepto de literariedad* (Madrid, Taurus, 1979) y de Dolors Oller *Virtuts textuals* (Barcelona, UAB, 1990). Sobre el modo en que este debate afecta el estudio de las relaciones entre periodismo y literatura, puede leerse el capítulo I del libro de A.Chillón *Literatura i periodisme*, *op.cit.*, 1993.

41. J. Mukarovsky (1932), «Lenguaje standard y lenguaje poético», artículo incluido en *Escritos de estética y semiótica del arte*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977, pp. 314-315.

das de la sociología del conocimiento. Pero es menester añadir que tal impregnación ha sido parcial e insuficiente: por un lado, porque, a pesar de haber incorporado la conciencia lingüística a su núcleo teórico, los enfoques sociocognitivos no la han llevado a sus últimas y decisivas consecuencias, especialmente en lo que hace a la comprensión *nietzscheana* de la naturaleza retórica y logomítica del lenguaje;³⁹ y por otro, porque tales enfoques han sido poco tenidos en cuenta por los estudiosos de los textos y de los enunciados comunicativos, más atentos por lo general a concepciones hiperformalistas ajenas a la *tradición relegada* que en estas páginas vindicamos.

Dentro del ancho y diverso territorio de los estudios sobre comunicación mediática, los estudios sobre periodismo han padecido en especial esas carencias y esas creencias. Como decía al principio de este artículo, la hegemonía de los enfoques prescriptivos y preceptivos, la desconfianza de «la teoría», la consiguiente anemia crítica y conceptual y, en fin, la primacía del mero sentido común profesional han lastrado gravemente su desarrollo. Es sensato afirmar que, salvando contadas excepciones, la toma de conciencia lingüística no ha llegado todavía a esos estudios, y que tal carencia es uno de los motivos responsables de los males que hoy aquejan a este campo.

Como veremos a continuación, la plena asunción del 'giro lingüístico' por parte de investigadores y docentes alumbraría valiosos corolarios, susceptibles, a mi entender, de suscitar un replanteamiento epistemológico, teórico y metodológico de los estudios sobre periodismo, en la línea de la disciplina científica –la comunicación periodística– que en este artículo vindicamos. En las páginas que siguen intento esbozar en sus líneas básicas algunos de estos corolarios, plenamente consciente de que son todos los que están –pero ni mucho menos están todos los que son– y de que aun esos pocos

que están merecen mayor y más sutil ahondamiento. Será tarea de los estudiosos de la comunicación periodística –espero– enmendar y completar esta tarea apasionante en los años por venir.

2.1. PRIMER COROLARIO: LA 'RETÓRICA DE LA OBJETIVIDAD' COMO RITUAL EXPRESIVO

Los formalistas rusos fueron los primeros que, en su búsqueda de un estudio científico de la literatura en concreto y del lenguaje en general, plantearon la necesidad de reemplazar los criterios de valor que hasta entonces se venían utilizando para estudiar la literatura –de corte normativo e impresionista– por el estudio sistemático de su presunta *esencia*, más allá de obras, autores, géneros y tendencias concretos: así se inició la búsqueda de la denominada *literariedad* (*'literaturnost'*).⁴⁰

Este propósito llevó a los formalistas a conjeturar la existencia de una diferencia neta entre dos presuntos tipos de lenguaje: el *lenguaje poético* y el *lenguaje práctico*. Algunos años después, los estructuralistas agrupados en torno al Círculo Lingüístico de Praga, con Jan Mukarovsky en la cabeza, formularon de manera explícita el principio de *desviación* de la *lengua literaria* con respecto a la *lengua estándar*.⁴¹

El concepto de *desviación* –*écart*, diría el poeta Paul Valéry– ha ejercido una gran influencia en el pensamiento literario del siglo XX; a él se debe, por ejemplo, la concepción de la obra literaria como *artificio* lingüístico, que ha llevado a tantos investigadores a examinar el artefacto literario en sí, considerado como una modalidad lingüística *desviada* y *elevada*, sustancialmente distinta a otras manifestaciones de la palabra.

Sin embargo, a pesar de su indudable éxito en círculos académicos ortodoxos, el concepto de desviación muestra grietas a poco que se lo someta a revisión teórica:

(i) primero, porque no todas las supues-

tas *desviaciones* –anacolutos involuntarios, por ejemplo– tendrían, caso de existir, carácter *literario* (y, a la inversa, porque algunas obras de inequívoca intención literaria, como las novelas de Marguerite Duras o Miguel Delibes, mostrarían un grado de desviación muy bajo, a veces incluso inexistente);

(ii) después, por el hecho decisivo de que la desviación no sería, en todo caso, patrimonio de los textos de intención literaria, sino que estaría presente, en realidad, en cualquier acto de *parole*, fuese oral o escrito;

(iii) por último, sobre todo, a causa de una objeción capital, sin duda la más importante de todas las citadas: ¿cómo determinar un hipotético *grado cero* del lenguaje idealmente neutro y estándar, en el que gramática y estilo sean sinónimos? ¿No será, más bien, que el concepto de *lengua estándar* esconde una idealización platónica, y que la *parole* se caracteriza, precisamente, por su multiplicidad de usos, estilos y registros? En la distinción falaz entre lengua estándar y literaria vemos sutilmente reproducida, una vez más, la previa dicotomía de Suassure entre *langue* y *parole*, tan influyente en el estructuralismo del siglo XX. Di Girolamo expresa esta reserva con precisión y perspicacia:⁴²

«Nadie creará que tal lengua (natural) exista, haya existido o pueda existir alguna vez. Más bien se tiene la sensación de que la «lengua estándar» representa una suerte de fantasma instrumental convocado en contraposición a la «lengua literaria». La lengua estándar se define, en suma, como lengua no literaria, pero ni la lengua estándar ni, en consecuencia, la lengua literaria son definidas en ningún momento.»

Nótese, no obstante, que la falaz distinción entre *lenguaje poético o literario*, de un lado, y *lenguaje práctico o estándar*, de otro, no sólo oscurece la cabal consideración del hecho literario,⁴³ sino que pervierte desde la raíz la comprensión de la auténtica naturaleza de la comunicación periodística.

Y ello porque, al consagrar el apelativo «estilo periodístico» para designar un supuesto modo expresivo oral y escrito característico de todas las modalidades del periodismo realmente existente,⁴⁴ el sentido común profesional –sedimentado en los llamados libros de estilo y en las prácticas de los comunicadores– le ha asignado las aptitudes cognitivas y los rasgos expresivos que supuestamente caracterizan el *lenguaje práctico o estándar*. A saber: una forma de dicción meramente referencial, denotativa e instrumental, exenta de «desviación estética o artística» –de nuevo, la pregunta pertinente es: ¿respecto de qué?–, capaz de «reproducir la realidad» y, pues, como herramienta estilística idónea para hacer ejecutiva la sacrosanta doctrina de la objetividad. Una doctrina enraizada, como hemos visto, en el hegemónico mito del objetivismo, con su falaz distinción tajante entre el sujeto que aprehende y el objeto («la realidad») *aprehensible*.⁴⁵

Se nos objetará con razón que, a estas alturas, son ya pocos los profesionales y los estudiosos que defienden explícitamente tal doctrina de la objetividad, dado que ha crecido la conciencia sobre su carácter sofisticado, sobre el hecho de que se trata, en realidad, de un «ritual estratégico»⁴⁶ –y, añadimos nosotros, un auténtico *ritual expresivo*. Y dado, además, que entre algunos influyentes estudiosos españoles del periodismo – con Núñez Ladevéze a la cabeza, sin duda el más riguroso de todos ellos– se ha extendido en los últimos años la conciencia de que todo periodismo es, inevitablemente y desde la raíz, *interpretación* de la realidad.

Repárese, no obstante, en que tal conciencia *sociocognitiva* sobre la naturaleza interpretativa del periodismo es todavía, a pesar de sus valiosas aportaciones, parcial e incompleta: viene a decirnos que los comunicadores no pueden prescindir de sus particulares ideologías, sentimientos, actitudes –y, en resumen, de su *Weltanschauung*–, y así mismo que su

42. Constanzo Di Girolamo, *Teoría crítica de la literatura*, op.cit, 1985, p. 32. Visto el problema con perspectiva, parece claro que la distinción entre lenguaje práctico y lenguaje estético fue consonante con algunas corrientes ideológicas de signo idealista influyentes en la época en que fue formulada, las cuales consideraban el arte como una esfera autónoma de expresión, desprovista de cualquier función cognoscitiva o representativa: tal era, al fin y al cabo, la doctrina wildeana del *arte por el arte*, y tales las ideas que animaron varios movimientos de las vanguardias históricas. Cabe añadir que la dicotomía lengua estándar/lengua literaria fue matizada por la llamada teoría de las funciones lingüísticas.

Así, las primeras reflexiones sistemáticas sobre las funciones del lenguaje, que Roman Jakobson hizo públicas en 1921, hacían hincapié en la distinción, todavía rudimentaria, entre las funciones *referencial* y *estética*. Años después, en el clásico «Lingüística y poética», el propio autor mejoró significativamente su propuesta inicial, a la cual incorporó las de Malinowski (1923) sobre la función *lítica*, Bühler (1950) sobre la función *conativa* y Carnap (1934) sobre la función *metalingüística*. Estamos de acuerdo, sin embargo, con la crítica que Di Girolamo hace a la teoría de las funciones lingüísticas: «El precio de la teoría de Jakobson es la división vertical del corpus de las obras literarias y, llevada al extremo, la definición de una escala de poeticidad arbitraria e inaceptable» (op. cit., p. 51). Véase Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975, pp. 347-395. A este respecto, es importante también la obra clásica de K. Bühler *Teoría del Lenguaje*, Madrid, Revista de Occidente, 1950.

43. Hoy parece un despropósito hablar de «estilo literario» –¿qué tienen en común, digamos, los estilos de Borges, Azorín, Joyce, Lezama Lima, García Márquez y Beckett?–: sabemos que la actividad literaria cobija y alienta múltiples prácticas expresivas, en última instancia tantas como autores –y hasta obras singulares dentro de cada autor.

44. Aunque muy difundida y usada por periodistas y libros de estilo profesionales, la expresión «estilo periodístico» se desmorona cual castillo de arena a poco que la sometamos a revisión crítica: no existe un supuesto estilo característico de la comunicación periodística en su conjunto, sino una muy heterogénea y compleja diversidad de estilos y registros, distintos tanto en lo que hace a su *fisonomía expresiva* como a sus *aptitudes*

comunicativas. ¿qué tienen que ver los estilos del redactor de teletipos de agencia y del cronista taurino, del crítico de cine y del informador científico, del reportero de investigación y del columnista de opinión? Y tampoco resolvemos el problema si trocamos la expresión «estilo periodístico» por la más manejable «estilo informativo»: ¿qué homogeneidad guardan entrevistas de declaraciones y de personalidad, informaciones de situación y reportajes de enviado especial, crónicas parlamentarias y noticias de acontecimiento? «La claridad», apuntaremos muchos. Y no sin razón, pues la *claridad* es –junto con la *precisión*– uno de los dos requisitos que toda expresión periodística debe cumplir. Pero al decir esto apenas señalamos los principios que todo enunciado periodístico ha de respetar, de ningún modo caracterizamos el complejo juego de procedimientos compositivos, recursos expresivos y técnicas narrativas y argumentativas que concurre en los diversos enunciados periodísticos.

Es necesario, pues, abandonar para siempre el apelativo «estilo periodístico», y sustituirlo tanto en la praxis docente como en la profesional por una panoplia de denominaciones, aptas para aludir con precisión a las diversas maneras expresivas de la comunicación periodística realmente existente.

Para ello me parece indispensable que los estudios periodísticos dejen de una vez en la cuneta los enfoques normativos y prescriptivos, tan habituales aún, y opten por enfoques de tenor analítico y descriptivo, capaces de dar cuenta *inductivamente* de los distintos y cambiantes estilos periodísticos, y de sus interacciones con, por un lado, las también distintas y cambiantes institucionalizaciones expresivas –esto es, con los géneros y subgéneros del periodismo considerados como *tipos de enunciados relativamente estables*–, y por otro, con las singulares *lógicas de autor*.

45. Tanto el sentido común profesional, sedimentado en los llamados «libros de estilo», como una parte significativa de los estudios académicos sobre periodismo han venido consagrando desde hace décadas la denominada *doctrina de la objetividad periodística*, destilación del cuerpo de creencias y supersticiones que integran la cultura profesional de los comunicadores públicos. Tal doctrina, a su vez, no es más que la aplicación a la parcela concreta de la actividad periodística de un mito mucho más extendido, que Lakoff y Johnson denominan *mito del objetivismo*. Para estos autores, «[e]l mito del objetivismo ha dominado la cultura occidental, y particularmente la filosofía occidental, desde los presocráticos hasta hoy. La consideración de que tenemos acceso a verdades

está constreñida por múltiples condicionamientos relativos a las rutinas productivas, a la cultura profesional imperante y, entre otros factores más, al extendido uso de las formas y procedimientos expresivos que componen la *retórica de la objetividad*.

Una retórica en cuya urdimbre estilística se condensa y expresa con notable eficacia y capacidad persuasiva no sólo el *mito del objetivismo* considerado en general, sino muy singularmente el *mito de la objetividad periodística*. ¿Pero a quién sirve tal sutil falacia, podemos preguntar ahora? E.B. Phillips apunta una sugerente explicación: a las empresas comunicativas, a los mismos periodistas y –en último pero no menos importante lugar– a una gran parte de sus audiencias:

«El estilo de la información objetiva y la norma de la objetividad son como el cimiento que une a la empresa periodística. Profesionalmente, organizacionalmente y personalmente, la norma capta mejor el espíritu del oficio y los hábitos mentales del periodista. Y la norma parece ser compartida por las audiencias heterogéneas y masivas».47

El llamado «estilo periodístico», pues, es expresión consecuente de la «cultura profesional» que Garbarino, uno de los adalides del fecundo *newsmaking*, ha caracterizado con buen tino:

«[...] un inextricable amasijo de retóricas de fachada y astucias tácticas, de códigos, estereotipos, símbolos, tipificaciones latentes, representaciones de roles, rituales y convenciones, relativos a las funciones de los media y de los periodistas en la sociedad, a la concepción de los productos-noticia, y a las modalidades que dominan su confección. La ideología se traduce luego en una serie de paradigmas y de prácticas profesionales adoptadas como naturales».48

No obstante, a pesar de su indudable perspicacia, los enfoques sociocognitivos no se deshacen, a mi juicio, del equívoco primordial a que venimos consagrando toda nuestra reflexión: la terca falta de comprensión acer-

ca de la genuina naturaleza retórica del lenguaje, y del modo en que éste es puente o bisagra entre sujeto y objeto, pensamiento y «realidad».49

En realidad, ya lo he dicho antes, existe una íntima sintonía entre la representación y lo representado, la forma y el fondo, el estilo y el contenido. No es que, dada una cierta realidad objetiva, haya diversas maneras y estilos de referirla, sino que cada manera y estilo suscita y construye su propia *realidad representada*: la realidad representada por las noticias que publicó el diario *The Kansas Star* en los días sucesivos al crimen múltiple que en 1959 acabó con la familia Clutter en Holcomb (Kansas) no es la misma realidad representada que la evocada a partir de los mismos hechos por el escritor Truman Capote en *In Cold Blood* (*A sangre fría*, 1965), un riguroso reportaje de investigación escrito mediante procedimientos y recursos de procedencia novelística.

Esto quiere decir, ni más ni menos, que estilo y contenido son inseparables; que, cualquiera y comoquiera que sea la «realidad» a que nos referimos, sólo nos es dado conocerla como *realidad representada* por medio del estilo empleado para su evocación. Tal conciencia sobre el carácter no adjetivo sino sustantivo del estilo ha sido frecuente entre los grandes escritores y poetas, pero fue quizá Gustave Flaubert quien la expresó de modo singularmente hondo y elocuente: «Le style étant à lui tout seul une manière absolue de voir les choses».50

El estilo es en sí mismo una manera absoluta de ver las cosas: de la estética realista del gran escritor francés, formulada de modo explícito a lo largo de su extensa correspondencia, se desprende un principio estético y epistemológico trascendental: a saber, que *el lenguaje no es simplemente un instrumento con el que puede darse cuenta de una realidad presuntamente independiente de él, sino la manera fundamental en que todo individuo experimenta «la realidad»*. El escritor es, según Flau-

bert, aquel que, a partir de la consciencia sobre la identidad sustancial entre lenguaje, pensamiento y experiencia, configura lingüísticamente la «realidad» mediante un trabajo incesante y a menudo obsesivo de búsqueda estilística, de «voluntad de estilo». El estilo ya no será más, a partir de Flaubert, ni ornamento epidérmico ni simple recurso para cautivar al lector, sino *una manera absoluta de ver las cosas*.

No uno sino diversos, los estilos de la comunicación periodística suscitan y configuran distintas versiones y visiones de eso que damos en llamar «la realidad». No existe un estilo o lenguaje periodístico inocente ni transparente, especie de herramienta neutra apta para captar «las cosas», sino muy diferentes *estilos de la comunicación periodística*, cada uno de los cuales tiende a *construir* su propia *realidad representada*. Lo que sí ocurre, a no dudarlo, es que una de esas muchas maneras expresivas posibles, el «estilo periodístico» o «estilo informativo» –prescrito y normativizado por tantos libros de estilo y manuales de redacción, amén de por las convenciones y costumbres profesionales–, viene representando desde inicios del siglo XX esa *retórica de la objetividad* que con tan buen tino condenan muchos destacados cultores de los estudios periodísticos.⁵¹

Se antoja imprescindible, entonces, despertar del espejismo que la ideología de la objetividad aún suscita. Porque es menester constatar que los estudiosos de la comunicación, protagonistas de avances considerables en lo que hace a la comprensión crítica del objeto de sus desvelos, han descuidado el

estudio *micro*, analítico y descriptivo a la vez, de los rasgos expresivos que conforman los diversos estilos de la comunicación periodística, hasta el punto de que las aportaciones significativas en este campo son fecundas pero contadas: ¿qué *dicen* los periodistas, por medio de cuáles recursos compositivos y estilísticos, con qué repertorio léxico y fraseológico, con cuáles efectos de creación de sentido?

2.2. SEGUNDO COROLARIO: CONDICIÓN RETÓRICA DE LA COMUNICACIÓN PERIODÍSTICA.

En estrecha relación con la falaz dicotomía entre lengua literaria o *desviada* y lengua práctica o *estándar* se halla la distinción entre *denotación* y *connotación*, ya clásica en el pensamiento lingüístico y literario ortodoxo. De modo general, puede decirse que el concepto de denotación, entendido como «el valor informativo-referencial de un término, regulado por el código», se opone al de connotación, valor que engloba «todas las significaciones no referenciales».⁵² Si la denotación es, por tanto, el significado asociado a un significante en primera instancia, la connotación es considerada como un sentido segundo, tercero o enésimo, *añadido* al significado inicial y a menudo dependiente de él.⁵³

Una tesis bastante extendida pretende resolver la distinción entre las supuestas lengua *estándar* y *literaria* apelando a la citada diferencia entre denotación y connotación. Así las cosas, el presunto «estilo literario» tendría, gracias a su también presunta «no

absolutas e incondicionales sobre el mundo es la piedra angular de la tradición filosófica occidental. El mito de la objetividad ha florecido tanto en las tradiciones empiristas como en las racionalistas, que en lo que a ello se refiere, solamente difieren en sus explicaciones de la manera en que alcanzamos las verdades absolutas». Lakoff y Johnson, *op. cit.*, 1991, p. 238.

46. Así la define Gaye Tuchman en su sugerente e influyente *La producción de la noticia*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984, *passim*.

47. E.B. Phillips (1977), «Approaches to Objectivity: Journalistic vs. Social Science», citado por M.D. Montero, *La información periodística y su influencia social*, Barcelona, U.A.B., 1993, p. 56.

48. A. Garbarino, , citado por Mauro Wolf, *La investigación de la comunicación de masas*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 215.

49. Incluso el más agudo de los estudiosos actuales del periodismo, Núñez Ladevéze, incurre en tal equívoco. Núñez es un autor culto y crítico, pertrechado con firmes conocimientos lingüísticos y literarios que aplica de modo solvente y con frecuencia sugerente a sus análisis de la comunicación periodística. A él se debe, en buena medida, la superación crítica de los obsoletos enfoques normativos y prescriptivos aludidos, así como una lúcida consciencia acerca del carácter inevitablemente interpretativo de todo enunciado periodístico. Pero aun Núñez incurre en la confusión entre «la representación», «lo representado» y «la realidad». Léase, por ejemplo, este fragmento del autor, entresacado de una de sus obras (en L.N. Ladevéze y J.M. Casaus, *Estilo y géneros periodísticos*, Barcelona, Ariel, 1991, p. 104. La cursiva es mía): «Es indiscutible que una cosa es el «estilo» y otra la «información»; pero todo parece indicar que el informador o las confunde involuntariamente o se sirve voluntariamente de la confusión. Pero el equívoco enreda con más facilidad aun al lector que puede quedar indefenso entre la maraña



stilo y contenido son inseparables; que, cualquiera y comoquiera que sea la «realidad» a que nos referimos, sólo nos es dado conocerla como *realidad representada* por medio del estilo empleado para su evocación.



a connotación no puede ser entendida como un atributo específico del texto literario, sino como una dimensión común a todas las formas de existencia efectiva del lenguaje.

objetivadora del lenguaje, en la que *siempre es difícil distinguir entre los significados del lenguaje y el estilo, por un lado, y lo informado mediante el auxilio del lenguaje, es decir, el contenido de la noticia, por otro*. Al dar por sentado que es menester distinguir y –es decir, que – Núñez Ladevéze confunde sin querer *la representación y lo representado*, por un lado, y *la realidad*, por otro: da por indiscutible que ahí afuera existe una realidad objetiva, y que el deber del buen periodista consiste en interpretarla del modo más veraz y ajustado posible (sobre esa premisa funda Ladevéze su justa reclamación de un periodismo bien y conscientemente escrito y dicho, en la línea del «buen decir bien» de la mejor retórica tradicional). Es así como, de modo sutil y sin quererlo, el falaz mito del objetivismo empapa insidiosamente las mejores contribuciones al estudio del periodismo.

50. Citado por Erich Auerbach, *Mimesis*, Madrid, FCE, 1983, p. 49.

51. La acuñación de la noción de objetividad en el periodismo estadounidense es muy bien explicada por Michael Schudson en *Discovering the news. A social history of american newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978. La expresión «estilo periodístico» ha sido y es todavía hoy endémica en los manuales de redacción y los libros de estilo profesionales, desde los clásicos de J.L. Martínez Albertos (*Curso general de redacción periodística*, Barcelona, Mitre, 1983) y Gonzalo Martín Vivaldi (*Géneros Periodísticos*, Madrid, 1973) hasta las obras más recientes de J.M. Casasús y L. Núñez Ladevéze (*Estilo y géneros periodísticos*, op.cit., 1991) o la muy publicitada del periodista Álex Grijelmo (*El estilo del periodista*, Madrid, Taurus, 1997).

52. Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986, p. 75.

53. En palabras un tanto crípticas del usualmente elocuente Umberto Eco (*Tratado de semiótica*

referencialidad» y a su «ambigüedad» constitutivas, un tenor marcadamente connotativo, mientras que el supuesto «estilo periodístico» poseería, como variante de la lengua estándar, un carácter eminentemente denotativo.⁵⁴

A mi juicio, el reduccionismo implícito en esta asignación de competencias es no sólo burdo, sino funesto. Y ello porque, por un lado, se define la llamada *lengua estándar* como monosémica, plana, acromática, inexorablemente referencial y ajustada a un hipotético grado cero denotativo; y por otro, la denominada *lengua literaria*, como presunto reducto de la connotación, ciudadela de la riqueza y la diversidad semánticas, confin poliédrico, polisémico, repleto de matices de sentido.

Las cosas son muy diferentes, en realidad. La connotación no puede ser entendida como un atributo específico del texto literario, sino como una dimensión común a todas las formas de existencia efectiva del lenguaje –que no son dos, por cierto, sino múltiples y a menudo híbridas, tal como explicó magistralmente Mijail Bajtin mediante sus conceptos de *dialogismo* y *plurilingüismo social*.⁵⁵ En palabras lúcidas de Constanzo Di Girolamo, «todo acto lingüístico, todo enunciado, todo texto, es necesariamente connotativo; connotación y denotación se distinguen sólo en tanto que momentos del análisis». ⁵⁶ Los ecos del pensamiento lingüístico de Nietzsche resuenan, por fortuna, entre nosotros.

Parece indispensable, pues, superar la falsa contraposición entre lenguajes denotativos y connotativos. En todo caso, de modo

provisional, es razonable pensar que la connotación está virtualmente presente en todos los actos lingüísticos –enunciaciones y enunciados–, y que la tarea analítica consiste en discernir en qué grado y de qué modos variables lo hace.

La ubicuidad de la connotación puede constatare con facilidad. Desde una óptica estrictamente lingüística es indemostrable que una expresión coloquial cualquiera sea menos connotativa que un poema o una novela. El escritor es, en todo caso, un individuo diferenciado de los demás mortales sólo porque suele rebuscar *deliberadamente* en los innumerables resortes connotativos del lenguaje, y ello en virtud de su aguzada consciencia lingüística. Pero es menester recordar que ni siquiera tal deliberación es prerrogativa del escritor, sino de todos los hablantes en sus trueques lingüísticos cotidianos: en el chiste, en la ironía, en la alusión velada, en la procacidad sugerida o en las variadas máscaras que adopta el eufemismo, por poner unos ejemplos entre muchos posibles.

A manera de ilustración, piénsese en aquellas modalidades lingüísticas que, adscritas habitualmente a la llamada lengua estándar – como la publicidad y el periodismo –, usan de manera incesante e *inevitable* la connotación. ¿Es que acaso un verso tan inagotablemente polisémico como «Hoy es siempre todavía», de Antonio Machado, no podría ser usado con buenos resultados en un anuncio televisivo de, digamos, una compañía de seguros de defunción? (Ilustrado, quizá, con imágenes de un

tortuoso sendero que se adentra en el horizonte entre las penumbras del naciente crepúsculo, sol agonizante incluido).⁵⁷

El tesoro analítico y descriptivo legado por la antigua retórica, complementado por las contemporáneas aportaciones de la estilística y de la pragmática, permite demostrar que la connotación es *condición de existencia* de todas las manifestaciones lingüísticas –incluidas, desde luego, las periodísticas. Aplicado al estudio del mal llamado *lenguaje práctico o estándar*, el análisis retórico excluye que pueda existir un uso transparente, neutro del lenguaje. De acuerdo con Di Girolamo, «la más banal metáfora de uso cotidiano constituye un connotador, tanto como la más compleja y trabada construcción del discurso a través de la organización de las partes, etc., en un texto científico, filosófico, político o narrativo».⁵⁸

En el terreno propiamente periodístico, la presencia y la ubicuidad de la connotación son patentes. No existe en periodismo designación neta y unívoca, acendradamente denotativa, ni siquiera en aquellos géneros –la noticia y sus variantes– y modalidades expresivas –aplicadas a los titulares y *cuerpos* noticiosos, sobre todo– donde encarna con más fuerza el mito de la objetividad. En primer lugar, porque ese *desiderata* es lingüísticamente un imposible, como hemos ido viendo; pero también porque el *ritual expresivo* inherente a tales modos expresivos ha ido sedimentando y haciendo imperceptibles, a fuer de uso y repetición, innumerables figuras y tropos preñados de sentido.

En las modalidades usuales de nominación, en las formas habituales de adjetivación, en los verbos y perífrasis verbales más comunes, en las gradaciones sutiles que los adverbios sugieren y hasta en los usos rutinarios de preposiciones y conjunciones se agazapan las nervaduras invisibles del mito de la objetividad. Ese ritual expresivo que libros de estilo profesionales y manuales de redacción dictan con vehemencia es la *consagración* estilística,

nada inocente ni transparente, de un modo de ver y de configurar la realidad social que cabe denominar *periodísticamente correcto*.⁵⁹

Hipercodificada y estereotipada, trenzada a base de estilemas expresivos y clichés ideológicos, la llamada *redacción periodística* proscribiera al menos tanto como prescribe: contra ella cabe vindicar una *escritura periodística* estética, ética y epistemológicamente consciente, cultivada a partir de la convicción de que las palabras desempeñan un papel crucial –y no meramente instrumental– en la comunicación periodística responsable. Es decir, una *escritura* periodística que contradiga esa opinión infundada pero muy extendida que ve en la atención acuciosa al lenguaje y a la expresión un mero prurito «literario» –donde «literario» significa verboso, ornamental, rebuscado y superfluo. Es en el trato con las palabras, en realidad, donde se libra la batalla más importante en pos de un periodismo crítico, cívico y éticamente responsable.⁶⁰

2.2. TERCER COROLARIO: DECONSTRUCCIÓN DE LA NOCIÓN DE «REALIDAD»

A mi entender, el ‘giro lingüístico’ contribuye a poner en entredicho una de las más extendidas creencias en que se asienta el sentido común profesional: la que separa y hasta contrapone «realidad objetiva», de un lado, y «medios de comunicación», de otro; como si esa supuesta «realidad objetiva» fuese independiente de y preexistente a la existencia de los medios de comunicación, y como si éstos, no formando parte de la misma entraña de tal realidad, se limitasen a apostarse frente a ella para captarla y *transmitirla* a las audiencias.

De hecho, como nos han enseñado la fecunda sociología del conocimiento⁶¹ y la aún adolescente historia de la comunicación, entre «realidad» y «medios» existen relaciones íntimas y activísimas, que no es posible desentrañar aquí. Si lo es, en cambio, añadir a tales replanteamientos críticos algunas con-

general, op. cit., 1977, p. 111), «lo que constituye una connotación en cuanto tal es el hecho de que ésta se establece parasitariamente a partir de un código precedente y de que no puede transmitirse antes de que se haya denotado el contenido primario». El hecho de que un enunciado sea interpretado de modo connotativo y no denotativo depende de factores lingüísticos –fonéticos, sintácticos, morfológicos, semánticos, fraseológicos– o extralingüísticos –entonación, fisonomía, gesticulación, contexto y circunstancia de la enunciación, etcétera.

54. Para un estudio tan reputado como Cesare Segre (*Principios de análisis del texto literario*, op.cit., 1985, p. 59), por ejemplo, «la descripción de la semiótica connotativa resulta absolutamente idéntica a una descripción del funcionamiento del texto literario».

55. Véanse *Estética de la creación verbal* y *Teoría y estética de la novela*, obras ya citadas en las que este concepto aparece de manera constante.

56. Di Girolamo, *op. cit.*, 1985, p. 20.

57. El propio Machado criticaba el uso superfluo de la retórica, reducida a la condición de mero alambique o afeite: «Sabed que en poesía –sobre todo en poesía– no hay giro o rodeo que no sea una afanosa búsqueda del atajo, de una expresión directa; que los tropos, cuando superfluos, ni aclaran ni decoran, sino complican y enturbian; y que las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todos». A. Machado, *Juan de Mairena*, Madrid, Alianza Editorial, p. 300.

58. Di Girolamo, *op. cit.*, p. 71.

59. Además del libro de Elvira Teruel ya mencionado, una aproximación sugerente desde el llamado análisis del discurso al estudio de la presencia de la metáfora en el *discurso periodístico* es la de María Luisa Villanueva, «Metáfora y discurso periodístico. Análisis contrastativo de crónicas y reportajes en periódicos franceses y españoles», en *Metáfora i creativitat*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 1994, pp. 277-292. Véase, así mismo, la obra de D. Maingueneau, *L'Analyse du discours*, Paris, Hachette, 1991.

60. La vindicación de la *escritura periodística* en lugar de la mera *redacción periodística* ha sido una de las preocupaciones centrales de mis trabajos anteriores: *Periodismo informativo de creación* (Barcelona, Mitre, 1985), *Literatura i periodisme* (op.cit., 1993), *La literatura de fets* (Barcelona, Llibres de l'Index, 1994), (en *Anàlisi*,

nº 16, Bellaterra, UAB, 1994, pp. 123-150) y, principalmente, *Literatura y periodismo. Unatracción de relaciones promiscuas* (Barcelona, UAB/UV/UJ, 1999).

61. En los últimos años se han escrito importantes aplicaciones de la sociología del conocimiento al estudio del modo en que los medios de comunicación *construyen* la realidad. Pienso, por ejemplo, en los estudios ya clásicos de Gaye Tuchman (*La producción de la noticia*, *op.cit.*, 1984), Mark Fishman (*Manufacturing the News*, Austin, Univ. of Texas Press, 1980), Giorgio Grossi («Livelli di mediazione simbolica nell'informazione di massa», en Livolsi, M. *Sociologia dei processi culturali*, Milán, Angeli, 1983) o Daniel Dayan y Elihu Katz (*La historia en directo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1995), entre otros. Debo algunas valiosas sugerencias al respecto a los profesores Lluís Badia, en lo relativo a las aportaciones de la sociología del conocimiento, y Susana Arias, en lo que hace a la configuración narrativa de los acontecimientos.

62. Acerca de la noción de tradición y sus importantes implicaciones para el estudio de la comunicación periodística y mediática, son útiles, entre otras, las siguientes obras: «Tradition», entrada de la *Encyclopaedia Universalis*, vol.16, pp. 228-232; Emilio Lledó, *El surco del tiempo*, Barcelona, Crítica, 1992; Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, Madrid, FCE, 1995, 2 vols.; Erich Auerbach, *Mimesis*, *op.cit.*, 1983; Northop Frye, *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Ávila, 1977; o, en lugar destacado, las diversas obras de George Steiner, José María Valverde y Lluís Duch reseñadas a lo largo de estas páginas.

63. De lo inaudito o *no oído*, en realidad, ya que no son sólo noticia los hechos recién acaecidos, sino también aquéllos ocurridos tiempo ha de los que, sin embargo, se acaba de «tener noticia».

64. Dejo aquí meramente apuntada la cuestión, importantísima a efectos cognitivos y estéticos, de la tipificación y de sus modalidades: lo arquetípico, lo estereotípico, lo típico y lo singular. Ensayé un tratamiento parcial del asunto, parcial y sin duda insuficiente, en el capítulo «Individus i personatges» del libro *La literatura de fets*, Barcelona, *op.cit.*, 1994, pp. 221-287. Por otra parte, es necesario notar que de esa adscripción de lo nuevo singular a los marcos cognitivos *consabidos* nacen precisamente los distintos *géneros discursivos*, que no son pues, de ninguna manera, meros dispositivos técnicos y formales, sino ante todo modos de configuración de los contenidos institucionalizados y relativamente estables. Así, por ejemplo, el

sideraciones derivadas de la consciencia lingüística. Muy en especial, como explicaré a continuación, la convicción de que entre «realidad» y «medios» se entabla una dialéctica de naturaleza esencialmente lingüística, dialéctica mediatizada por un tercer ingrediente que no suele ser tenido en cuenta como es debido: ese complejo y móvil acervo de enunciados –de carácter narrativo, lógico e icónico– que solemos denominar «tradición».

La tradición cultural se compone de un variado repertorio de (a) *enunciados lingüísticos* –narrativos y lógicos–, (b) *enunciados icónicos* y (c) *enunciados de acción* –gestos, rituales, etcétera– cuya amalgama actúa a modo de *humus* del conocimiento y la comunicación posibles en cada momento y lugar. Todo individuo, todo colectivo encaran y construyen *mediatamente* sus respectivas realidades, y lo hacen, de modo necesario, a través del acervo cognitivo que conforma la tradición.⁶²

Eso que les pasa a individuos y colectivos les ocurre también, a no dudarlo, a los periodistas y a los medios de comunicación. Éstos no existen *aparte* ni se apostan *ante* una supuesta «realidad objetiva», entendida como «cosa» externa, preexistente y dada. Establecen con «ella», más bien, una compleja *relación dialéctica* en virtud de la cual los *media* se alimentan del abigarrado conjunto de enunciados lingüísticos, icónicos y de acción que damos en llamar «realidad», y a su vez generan nuevos enunciados que inciden sobre los ya existentes.

Decir, pues, que los medios de comunicación construyen la realidad no es decirlo todo: conviene recordar que, al hacerlo, se nutren de enunciados previamente contruidos, de modo tal que los medios –la cultura mediática– son también contruidos por las realidades vigentes y la tradición o tradiciones heredadas, en una dialéctica incesante. Los enunciados que los medios tejen no hablan directamente de la realidad –comoquiera que ésta sea– sino

de los enunciados previos que forman ese conjunto de representaciones que solemos llamar «realidad». No existe conocimiento inmediato: todo conocimiento, siempre y en todo lugar, es mediato y mediado.

Los medios y los comunicadores públicos elaboran sus enunciados lingüísticos, icónicos y de acción en diálogo permanente –aunque a menudo inconsciente– con el ingente acervo de enunciados que heredamos *por tradición*. No es aceptable subestimar la importancia de esta dialéctica incesante entre lo viejo y lo nuevo, pues sin ella es inconcebible cualquier nueva producción de sentido: el haz de ideas y creencias que forman la visión del mundo de cada comunicador hinca sus raíces en el *humus* de la cultura, esto es, en la tradición heredada. Otra cosa, muy distinta, es la consciencia que de ello se tenga –y que es, las más de las veces, precaria o errática.

En lo que hace concretamente a la llamada «información de actualidad», procede constatar que la percepción y comunicación de lo nuevo e inédito por los medios⁶³ son en realidad *motivadas* por marcos cognitivos preexistentes y por valores ideológicos y morales latentes. Es incesante la dialéctica que se entabla entre el «hecho» nuevo que los medios de comunicación configuran y la cultura preexistente, integrada por configuraciones de contenido previamente acuñadas. Cada «hecho» nuevo o inaudito es adscrito a un marco cognitivo ya dado, que le presta inteligibilidad al precio, eso sí, de *tipificarlo* en medida variable: esto es, de hacer comprensible lo singular poniéndolo en relación con una *configuración de contenido* conocida y suficientemente genérica. A su vez, al incorporar lo novedoso, tal configuración genérica adquiere una dosis adicional de legitimación. En síntesis, puede decirse que la *tipificación* de lo nuevo e inaudito permite domeñar ilusoriamente la complejidad de los sucesos y, sobre todo, su temida contingencia.⁶⁴

Ahora bien: lo que los enunciados mediá-

ticos tipifican no son presuntos hechos –una suerte de porciones de realidad dada ontológicamente independientes de la cognición humana– sino sucesos a menudo ocurridos con arreglo a moldes narrativos preexistentes. No existen acciones inmotivadas; el actuar humano está motivado narrativamente – y hasta teatralmente–: existe una *puesta en acción* inspirada, a menudo de modo inconsciente, en relatos y representaciones previos, configurados a su vez a partir de acciones anteriores... Y así en una dialéctica interminable, que sólo es factible inmovilizar y separar a efectos de análisis.⁶⁵

De todo ello se infieren, de momento, dos cosas importantes: primero, que la tradición cultural –en singular o en plural– no es un repertorio fijo de antiguallas, sino una memoria viva que actúa de modo ubicuo e incesante sobre los *agentes comunicativos*, con tanta mayor eficacia cuanto más ignorantes son éstos del alcance de su poder; y después, que ese *dar cuenta* de «la realidad» que el sentido común suele atribuir a los relatos es más bien, si se piensa con detención, un verdadero *dar cuenta* de ella y a ella.

OTROS COROLARIOS FINALES, Y UNA PROPUESTA DE CONTINUACIÓN

El espacio disponible no da para más, de momento: para acabar aquí y ahora esta indagación tentativa, me parece necesario enunciar al menos otros relevantes corolarios del giro lingüístico. Se trata, como se verá, de señalar algunas líneas de reflexión e investigación sobre las que, a mi juicio, han de discurrir los estudios sobre comunicación periodística.

I. El giro lingüístico debe ser el cimiento sobre el que se edifique no sólo una imprescindible teoría de los géneros periodísticos, sino una teoría de los géneros de la comunicación mediática considerada en su conjunto. Tales teorías genológicas deben sustituir sin ambages los enfoques vigentes, de carácter normativo y preceptivo, por enfoques de

tenor *analítico y descriptivo*, que partan del *estudio inductivo* de las modalidades realmente existentes –géneros, formatos, estilos y, en fin, los modos diversos de enunciación periodística– teniendo muy presente su sustantiva naturaleza lingüística y retórica.

II. El giro lingüístico hace trizas las habituales distinciones de sentido común entre periodismo y literatura. No, desde luego, negando sus evidentes diferencias, sino exigiendo un replanteamiento radical de la ya vieja discusión, a la luz de la plena conciencia sobre el papel crucial que las palabras juegan en una y otra actividad. Y, de paso, el giro lingüístico permite plantear preguntas pertinentes pero sumamente incómodas tanto para el sentido común periodístico como para el sentido común literario.

III. El giro lingüístico permite replantear sobre bases nuevas la reflexión sobre el estatus epistemológico de los enunciados periodísticos, es decir, sobre sus complejas y variables relaciones con lo *facticio* y lo *ficticio*.

IV. El giro lingüístico aconseja vivamente volver la mirada no sólo hacia los estilos de la escritura, sino también hacia aquéllos propios de la compleja y diversa *oralidad mediática*, en general descuidada por los investigadores, a pesar de las notables excepciones recientes.⁶⁶

V. El giro lingüístico permite concebir y postular el periodismo como *escritura* y no como mera *redacción*, esto es, como expresión crítica y culta, no como simple recetario instrumental: '*ars bene discendi*' más que simple '*ars recte discendi*', en términos retóricos. Una escritura *cultivada*, pues, por *escritores* y no por meros *escribidores* que, en su búsqueda de la calidad y la excelencia comunicativas, postergue tanto el ornamento vano cuanto la anemia expresiva en beneficio de una representación *elocuente* de «la realidad», es decir: precisa e inteligible, desde luego, pero también expresiva y sugerente, ponderada y responsable.

Continuará. 

género *noticia* no sería un simple dispositivo compositivo y expresivo, sino un *formato de conocimiento* retórica y epistemológicamente orientado.

65. Como vemos, al tronco central de nuestra reflexión –la conciencia lingüística y sus corolarios– le va brotando una poderosa rama: la de la *consciencia narrativa*, uno de los temas clave del pensamiento contemporáneo. Aunque quisiéramos internarnos por ahí, debemos dejarlo para otra ocasión más propicia. En todo caso, a manera de pista inicial, conviene aludir a algunas aportaciones clave para el esclarecimiento de esta cuestión apasionante: Paul Ricoeur, *Tiempo y narración (I, II y III)*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, 3 vols.; Arthur C. Danto, *Historia y narración*, Barcelona, Paidós, 1989; Frank Kermode, *El sentido de un final*, Barcelona, Gedisa, 1983; Enrique Lynch, *La lección de Sheherazade*, Barcelona, Anagrama, 1987; Carmen Martín Gaité, *El cuento de nunca acabar*, Barcelona, Destino, 1991; y Manuel Cruz, *Narratividad: la nueva síntesis*, Barcelona, Península, 1986.

66. Así, recientemente se han escrito y publicado relevantes aportaciones al estudio de la oralidad periodística, concebidas desde la lingüística, la pragmática, los estudios literarios, la retórica y el ancho campo del llamado análisis del discurso. Es el caso de obras como las de H. Casalmiglia y otros, *La parla com a espectacle*, Bellaterra, UAB/UJ/UV, 1997; Leonor Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*, Barcelona, Paidós, 1995; o la tesina de doctorado de David Vidal Castell, *La veu de la paraula*, Bellaterra, Departament de Periodisme i CC.C., UAB, 1997. El trabajo de Vidal Castell es, a mi juicio, una magnífica aplicación del giro lingüístico y sus corolarios retóricos y pragmáticos al estudio analítico y descriptivo de la entrevista periodística. Por otra parte, Gonzalo Saavedra Vergara viene desarrollando en los últimos años un valioso trabajo de reflexión e indagación acerca de los modos en que se lleva a cabo la representación narrativa de las diversas voces que concurren en el relato periodístico; véase, al respecto, su tesina de doctorado *Diálogo y detalle* (Bellaterra, UAB, 1995), y, sobre todo, su iluminadora tesis de doctorado *Voces con poder* (Barcelona, UAB, 1999).